

UAEH[®]

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Antología de Cuentos

Dirección de Fomento a la Lectura



Directorio

Mtro. Adolfo Pontigo Loyola
Rector

Dr. Saúl Agustín Sosa Castelán
Secretario General

Lic. Marco Antonio Alfaro Morales
Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Dra. Rosa María Valles Ruiz
Directora de Fomento a la Lectura

Rosa María Valles Ruiz
Azul Kikey Castelli Olvera
Isaac Vilchis Reyes.
Compiladores

Mariel Romero Resendiz
Diseño editorial y portada

Presentación

Este material tiene como objetivo promover el amor por la lectura y a su vez generar en las y los lectores el interés por una continua búsqueda de la misma. El compendio integra cuentos de escritores nacionales e internacionales cuyas temáticas varían dependiendo la época y el contexto que les tocó vivir a los autores, esto con la finalidad de que el lector reflexione en el cómo la época influye en los productos culturales que se generan.

La antología se integra de la siguiente manera: Biografía de el o la escritora, cuentos y actividades. De esta manera el o la alumna conocerá algunas particularidades de la vida de los escritores, lo que puede ayudar a que comprenda mejor los textos consecutivos, mientras que los cuestionarios y actividades que se proponen después de cada cuento, ayudan a que el estudiante reflexione sobre los contenidos, proponga nuevos finales y adquiera vocabulario nuevo, lo que deriva en una mejor comprensión lectora.

Índice

Christian Negrete	5
Imbécil vida fracasada	11
Flâneur por Delft	15
Noticia nacional	19
Jorge Bucay	23
Todo por amor	25
El Guerrero	28
El Buscador	31
Darse Cuenta	34
Ana García Bergua	37
Despertar	39
No sé qué hago aquí	42
La tormenta hindú	46
Rubem Fonseca	49
Betsy	51
Paseo Nocturno	53
Edgar Allan Poe	59
El Cuervo	61
El Retrato Oval	65

Christian Negrete

Nacido en Pachuca de Soto, Hidalgo el 08 de julio de 1980. Ganador del premio estatal de cuentos Ricardo Garibay 2017 con el libro “La oscilación de la memoria.”

Becario del programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico en Hidalgo PECDA 2018, en la categoría de creadores con trayectoria.

Es licenciado en derecho y especialista en derecho penal por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo; especialista en justicia electoral por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación.

Especialista en procuración de justicia electoral y maestro en justicia federal por el Instituto Nacional de Ciencias Penales y maestro en derecho civil y mercantil por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

En sus cuentos, Christian narra esas experiencias de la vida diaria a la que se enfrenta la gente, esto es, la desesperación, el darle un propósito a la vida, así como la perspectiva de la sociedad actual donde abundan situaciones como la violencia contra la mujer, la crisis social que enfrenta el país y problemas como la inseguridad, algo que no resulta ajeno a nadie y, por tanto, le dan a su obra un corte social.



¡Nooo!

Christian Negrete

A Ximena le daba lo mismo saltar, no sentía ningún temor. Es más, tenía varios días sin sentir absolutamente nada. El viento hacía que por momentos perdiera el equilibrio al filo del puente. Algunos cabellos que se negaban a permanecer sujetos por una liga azotaban su rostro como pequeños látigos en busca de una reacción que no llegó.

Se encontraba en ese sitio como podría estar en cualquier otro. Huyó sin ningún plan, simplemente corrió. Cómo no hacerlo si las calles, los parques, las escuelas: la ciudad entera no era más que un montículo de estupidez. Ella en medio, minúscula, diminuta, buscando inútilmente vestigios de sí misma.

Recordaba que era bella, pero al mirarse al espejo no se reconocía, no sabía a quién pertenecían esos ojos, esa nariz o esa boca; apreciaba esos elementos distribuidos de forma más o menos simétrica sobre su piel de tonos oliva. La inclinación de sus hombros se hacía cada vez más evidente, no podía seguir cargando tanto.

Hacía esfuerzos por llorar, resultaban infructuosos. Llegó a pensar que las lágrimas también la habían abandonado, deseaba poder sentir una gota raspando su mejilla, algo que la ayudara a arrancar las espinas que atravesaban su garganta. Su boca, que había dicho tanto, ahora sólo era útil para llevar cualquier cosa al estómago. Su cuerpo, que fue capaz de detener al mundo, ahora sencillamente ondulaba como una sábana guiada por el viento.

Llegó al pueblo unos días antes, perdida entre mareas de turistas. Desde su 1.55 metros de estatura anhelaba ver más allá, no lo lograría nunca pues todo el tiempo permanecía agachada, era incapaz de apreciar los colores de una artesanía; para sus oídos el sonido de una marimba y el bullicio de la gente eran exactamente iguales. Algunas veces una de las manos parecía tener voluntad propia y recorría las paredes de las construcciones que se encontraban sobre el camino, intentaba separarse de ese cuerpo al que ya no quería pertenecer. Todo igual, siempre igual.

Esa mañana, frente a una taza de café que tomaba a cucharadas, compartía la mesa con unos errantes italianos de mochila al hombro. También se encontraban a sus pies dos perros negros que le hacían compañía todos los días a cambio de la mitad de su desayuno. Fue interrumpida en sus cavilaciones por un adolescente de piel oscura y ojos verdes que le preguntó si estaba acompañada. Ella tardó en contestar, pensó en un monosílabo. La desconfianza amenazó su voz que intentó no quebrarse al pronunciar “no”.

Entonces, el joven italiano se sentó junto a ella y pasó el brazo por su estrecha espalda. Se sintió incómoda, pero no se atrevió a protestar, simplemente agachó la cabeza mientras observaba en diagonal a ese hombre que tenía una cara como esculpida, angulosa, de pómulos y una nariz que lo hacía lucir más varonil. Tres o cuatro preguntas después, ambos advirtieron al fracaso de su encuentro, el silencio ayudó a que él se retirara discretamente.

Cuando el grupo se iba, ella trató de recordar la charla. Vino a su mente la afirmación de que en Italia también había nopales pero que allá no se los comían. Se preguntó por qué una vez más estaba sola en una masa, en qué momento dejó de estar rodeada de personas, cuándo dejó de hablar, cómo logró apoderarse de ella el temor, pero sobre todo le intrigaba por qué todo eso dejó de hacerle daño. Observó bajo la mesa al par de canes que la miraban confundidos. Tomó una tortilla que dividió en pedazos diminutos y se los dio uno por uno. Era su manera de retenerlos, le hablaba en voz baja, no quería quedarse sola, pero sólo le alcanzó para cuarenta minutos más de compañía.

Reanudó su recorrido sin propósito a través de los senderos de ese pueblo que no justificaba el adjetivo de “mágico”. Durante su trayecto se encontró un corral, se acercó y lo que observó la impactó tanto que se permaneció inmóvil en el sitio más de una hora. Una gallina de color café huía de un gallo que la perseguía. Pudo sentir la desesperación al mirar los ojos de ese animal que corría en círculos, sabía que no podía salir de ahí, no había sitio donde esconderse, parecía perdida, pero aun así no se rendía, seguía corriendo pese a su cuerpo pesado y redondo.

Ximena se identificó tanto que comenzó a gritarle: “corre, corre, ¡que no te alcance ese cabrón!”; con la cara pegada a la tela de alambre; fue entonces que el tiempo se detuvo. La gallina giró sobre sus patas, se levantó como quince centímetros del suelo, extendió sus alas y lanzó un picotazo que se incrustó en el ojo izquierdo del gallo; éste comenzó a gritar, porque ese sonido no era un cacareo, golpeándose contra los comedores cercanos. Ximena cayó liberada sobre sus rodillas, sonreía viendo a ese animal marrón, obeso, casi ridículo que había tenido los arrestos de enfrentar y atacar a ese gallito de plumas levantadas y cresta erguida. “Mejor esta cabrona”, dijo para sí.

Llegó al puente sobre el río. Parecía un arcoíris con triángulos de colores que prendían de cuerdas colocadas por ambos lados. Un letrero advertía “Zona de adrenalina”.

Observó a una pareja de jóvenes que se balanceaba peligrosamente recargada en la estructura metálica al borde del puente, vivían en un tiempo ajeno a los demás dentro de un beso interminable, un encuentro de labios y lenguas que oscilaban entre la calma y la desesperación. ¿Cómo era posible concentrar toda esa emoción en un intercambio de saliva y de mucho más que saliva? No lo comprendía. Especuló sobre si alguna vez fue capaz de besar de esa manera, si en alguna ocasión pudo devorar así una boca, si sus senos pudieron levantarse más allá de ella. Desde el fondo de sus recuerdos emergieron unas cuantas frases: “Te amo”. “Eres la mujer más bella que he conocido”. “Soy muy afortunado”. “Ese vestido te queda increíble”. “Me encanta tu voz”. “Haría el amor contigo todo el día”. Pensó: “Puros lugares comunes”, pero en ese tiempo, todo le parecía bello.

Jamás supo en qué momento él comenzó a decirle que la odiaba, que no la soportaba. Los atributos que tanto le atraían al principio ahora le parecían repulsivos. “No te maquilles”. “No te pongas faldas”. “No hables así”. “No hables así”. Por eso no le sorprendió cuando dejó de decirle “pollito” para llamarla “puta”; tampoco le parecieron inusuales los puñetazos; la última agresión la mantuvo en el hospital por dos semanas sin poder caminar. El Ministerio Público no quiso iniciar la investigación porque “a las viejas les gustan los chingadazos, por eso siempre otorgan el perdón, no vale la pena iniciar la carpeta”.

El joven italiano la reconoció entre la multitud y, mientras ella seguía pensando en el pasado, la tomó de la mano, luego la llevó a la mitad del puente repleto de turistas y le dijo: “súbete, yo invito”. Todos aplaudieron y gritaron mientras conducían a un balcón sobre el borde. Esa estúpida calma no la abandonó ni cuando observó el abismo bajo sus pies. Mientras le colocaban el casco, las rodilleras y unas coderas, sonrió por la absurda ilusión de seguridad. Esos aditamentos no podrían servir para absolutamente nada frente a una caída de esa magnitud, pero optó por dejarse cuidar por esos extraños. Enredaron la soga elástica alrededor de sus tobillos. La maniobra hizo que se percatara que – donde alguna vez pasó un río – ahora sólo se encontraba piedras redondas que evocaban las antiguas caricias de agua. El encargado le preguntó cómo se sentía las piernas, ella contestó: “Cerradas” pues así se encontraban desde hacía meses. Fue la única que sonrió. La gente a su alrededor comenzó la cuenta regresiva. Todos se mostraban divertidísimos jugando con sus pulsaciones de muerte. La festividad en el aire contrastaba con el semblante ausente de ella, que simplemente cerró los ojos y se arrojó cuando escuchó. “¡Cero!”

El personal de abajo corrió a su encuentro. Comenzaron a desatarle la cuerda, la abrumaban con preguntas referentes a su experiencia. No contestó ninguna, aunque pensaba que ese tipo de atracciones estaban sobrevaloradas. Había otras formas de generar miedo, bien lo sabía ella. Fue precisamente en ese momento cuando lo vio acercarse. Él pidió permiso a los empleados para continuar con las maniobras, le quitó el equipo de protección, la abrazó y la besó como lo hacía al principio, todavía se acordaba. La cargo y la llevó a la orilla, le dijo que siempre estaría a su lado para cuidarla, reconoció sus equivocaciones, le pidió perdón, volvió a prometerle que cambiaría, que todo volvería a ser como antes; esta vez sí sería la definitiva. Ella lo escuchó atenta, pero sus palabras no tuvieron el efecto de siempre, apareció sobre su mejilla la lágrima que había esperado por tanto tiempo, esa diminuta gota le dio el impulso necesario para gritar: “¡Nooo!”

El cuerpo de Ximena yacía sobre las piedras que se cubrían del líquido escarlata. La cuerda rota seguía estúpidamente unida a sus tobillos. El viento del sureste mexicano exclamó la última y más importante negativa de esa breve vida.

Cuestionario

1. ¿Qué otro título le pondrías al cuento en lugar de ¡no!?! ¿Por qué?
2. ¿Cuál es la idea principal del cuento?
3. ¿Por qué Ximena se siente identificada con la gallina?
4. Si estuvieras en la posición de Ximena, ¿Qué hubieras cambiado en la relación con su esposo?
5. De los sucesos narrados en el cuento, ¿describe del más relevante al menos relevante?
6. Haz un resumen del cuento

Imbécil vida fracasada

Christian Negrete

Mi existencia era un cúmulo de patéticas rutinas. Lo absurdo de lo absurdo es que el final no parecía cercano. El azar había fallado una y otra vez, por eso tuve que tomar medidas.

Durante mi infancia soñaba con viajar en avión, pero era un sueño por inalcanzable, nada relacionado con una ilusión. Siempre fui un pesimista. Treinta años después, a esa característica de mi personalidad se le habían sumado otras peores. Viajaba constantemente, era parte de mi trabajo. Los aviones eran como una segunda oficina, así los percibía. Mi único escape era mirar por la ventanilla deseando permanecer del otro lado de las nubes. Ahí arriba nadie podía decirme que existían todas esas cosas ridículas de las que me la pasaba huyendo día y noche. Sólo bastaba observar en silencio ignorando a los que ignoran. Pensaba en Lorca, convencido de que era “un pulso herido que rondaba las cosas desde el otro lado”. Debía ser un hombre feliz, cumplí con todos los requerimientos. Estudié, trabajé, me enamoré, me casé. Tenía una casa y un auto que mes con mes eran un poco más míos. Inicé el camino en línea recta, nunca supe cuando se convirtió en un laberinto, siempre entre pérdidas y encuentros. Todos los días trataba de reunir los dos gramos de fuerza que aún permanecían en mi cuerpo ulcerado.

Fue hasta la tercera ocasión que la azafata recorrió el pasillo cuando me atreví a pedirle un vaso con agua, después de varios minutos me lo entregó con desprecio, parecía molesta, como la mayoría de las personas que se relacionaban conmigo. Nunca supe lo que esperaban de mí, nunca fui suficiente, nunca hice suficiente. Por lo menos toda esa repulsión ya no me hacía tanto daño. Con el tiempo dejó de importarme la manera en que me trataban, tenía conciencia de que en realidad yo era nada.

Me había colocado el cinturón de seguridad, oía las indicaciones, pero esta vez sin esperar formar parte de una catástrofe aérea. Dejé de confiar en la casualidad, en el destino, en Dios, en todos ellos.

Me hundí en el asiento. Cuando cerré los ojos, aparecieron todos aquellos rostros de detenidos, víctimas, abogados, policías, ministerios públicos, políticos; secuelas de quince años en la Procuraduría. “Una carrera meteórica” decía mi jefe como si fuera un reconocimiento, pero en realidad no había nada que reconocer: coincidencias y nada más era lo que me tenían ocupando ese puesto. “Por lo menos no he matado a nadie... al menos no directamente”: un esfuerzo de diálogo interno para tener la tranquilidad de proceder sin pensar en el infierno, idea que arrastraba desde mi niñez franciscana.

Intenté concentrarme en lo importante, como si existiera algo importante en el mundo. Veinte minutos después desistí de mis esfuerzos filosóficos. De mi portafolios saqué una hoja de papel y un bolígrafo. Fui lo suficientemente ridículo como para querer escribir una nota, desde luego que también abandoné esa idea.

El vaso con agua seguía sobre el intento de mesa que salía del asiento frente a

mí, entonces me decidí a sacar el sobre; mientras lo abría, un niño de no más de cuatro años me preguntó:

— ¿Qué es eso señor?

—Es medicina, hijo —le contesté con esa mezcla de emociones que me generaba llamar a todos los niños “hijo”.

Mi asiento, quiero decir, el asiento que ocupaba, porque ese objeto no me pertenecía, como tampoco ningún otro, se encontraba junto a la ventanilla. A mi costado derecho estaba sentado el niño y a su diestra viajaba el que supongo era su padre, que emanaba un penetrante olor a alcohol, y que abrió sólo un ojo mientras decía:

—Deja en paz al señor, duérmete y deja de molestar

—balbuceando entre eructos.

—Trata de dormir, hijo, pórtate bien —le dije mientras miraba esos ojos que no terminaban de ser abandonados por la inocencia.

Cuando se referían a mí como “señor”, me invadía una especie de satisfacción: pensaba que el final se acercaba. Lo mismo me pasó cuando después de una endoscopía el especialista me comentó que tenía laceraciones en el esófago, que había tomado unas muestras para descartar cáncer, y que en un mes me diría con certeza. Cuando volví después de ese tiempo, me dijo que no era nada grave y se sorprendió por mi reacción.

— ¿No está contento? —me preguntó—. No respondí, confirmé que Dios no estaba dispuesto a ayudarme.

Tenía un plan tan sencillo que hasta un imbécil como yo podía llevarlo a cabo. Simplemente tenía que verter un polvo traslúcido dentro del vaso con agua y beberlo; nada más. En pocos minutos llegaría la muerte a llevarme de una puta vez. Lo último que mirarían mis amarillos ojos sería el lado más bello de las nubes, ahí me quedaría y todos abajo: a chingar a su madre.

Vacíé el contenido del sobre en el vaso. Se me ocurrieron unas últimas palabras, comencé a buscar el papel y la pluma, acción que interrumpí al ver que el niño a mi costado estaba dormido abrazando a su padre. Incluso este borracho tenía algo verdadero que lo sujetaba, que lo hacía quedarse, sin importar que fuera un irresponsable, un mal padre, un mal esposo o lo que sea. Ni eso pude hacer, lo más básico: procrear. Algo que hacen tan bien los animales y las personas-animales; tan sencillo en la mayoría de los casos, tan natural en otros. Ya ni porque estaba diseñado para ello, como lo están los conejos o los perros.

Dejé el vaso en la mesita y cerré los ojos haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas. Lo único que me faltaba: un ataque de melancolía justo en el momento en el que deseaba que la sombra de mi voluntad surgiera del interior de mi pecho. Se apagaron las luces del interior del avión. Finalmente la gente dejó de deambular y de hablar. Olvidé la frase con la que buscaba despedirme, nada había en mi mente para ser escrito, esa era la señal que necesitaba para convencerme de lo absurdo de mi existencia.

Tomé el vaso que de pronto sentí tan ligero que no me costó trabajo llevarlo a mi boca. No salió ni una gota. Miré al suelo en busca del mortal líquido que seguramente había derramado, asumí un fracaso que me dejaría un tiempo extra aquí. Pensé que al llegar a la ciudad tendría que buscar un sitio lo suficientemente alto como para arrojarme al vacío o alguna otra solución igualmente estúpida.

Me incliné para constatar con mi mano la presencia del agua, pensaba que era

una verdadera pena lo ocurrido, ya me había imaginado a los pasajeros y a la tripulación haciendo esfuerzos vanos para despertarme, pocos minutos después se darían cuenta que me había ido feliz al infierno; la mueca de mi cara sería casi una sonrisa.

Es en ese momento, el niño a mi costado jaló la manga de mi camisa y me dijo: —No se enoje señor, tenía sed. Mi papá no me compró un refresco porque están caros.

La sonrisa del niño por haber cometido la última travesura de su vida se me enterró en los ojos, me perforó la cabeza y salió por la nuca en forma de un calor frío que me dejó inmóvil. El padre dormía y el niño volvió a acurrucarse junto a él. No le había querido comprar un refresco. ¿Quién tenía la culpa?

Primero tuve envidia del niño, se iría de aquí a muy buena edad, antes de embarrarse las manos de la mierda que abunda por todos lados. Después pensé que la providencia había salvado a ese niño de una imbécil vida fracasada como la mía, como la de la mayoría, como la de todos. Por un momento quise ayudarlo, avisarle a su padre o a la tripulación; pero me dio miedo y me quedé callado, efectivamente soy un ser pusilánime.

Se encendieron las luces y nos informaron que iniciaríamos el descenso, el mío había comenzado antes y era aún más profundo, iba para abajo antes que todos. El padre tomó a su hijo entre sus brazos pensando seguramente que estaba dormido, un ebrio pierde la capacidad de distinguir. Caminó sin advertir que de la pequeña boca escurría un líquido anaranjado. Nuestros caminos se separaron entre los pasillos del aeropuerto, decidí caminar en sentido contrario. Ambos con nuestro muertito al hombro. ¿Cuál pesará más?

Cuestionario

1. ¿Para ti, cuál es el mensaje de esta historia?
2. ¿En dónde trabajaba el protagonista?
3. ¿Por qué sentía que su vida ya no valía?
4. ¿Transcribe los tres primeros párrafos en tercera persona?
5. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
6. Realiza un resumen

Flâneur por Delft

Christian Negrete

Debo evitar las terribles comparaciones. No escribiré que aquella fachada es como la del Bancomer de Plaza Independencia o que esa torre es igual a la del templo metodista de la calle de Allende.

No suelo desaprovechar oportunidades, menos cuando existe la posibilidad de incitar a la nostalgia. Ante la ausencia de pavimento, camino sobre la tierra amarilla como cuando no me importaba que mis zapatos se cubrieran de un fino polvo; las huellas que dejo desaparecen casi de inmediato, siempre arrastro los pies, pero al menos esta vez algo bello resulta de tan detestable costumbre. Alrededor de mis rodillas, sendos vórtices dorados acompañan mi travesía.

La mujer a mi lado no soporta más estos extravíos; me toma del brazo sonriendo forzosamente y me dice al oído “compórtate”. Gran error, porque esa palabra me devuelve a la infancia, además no existe ninguna razón por la cual deba obedecer esa orden después de más de treinta años de ignorarla sistemáticamente. Una razón más para seguir con este paseo a otro tiempo.

La tierra húmeda, cuyo aroma agrada a la mayoría, me provoca ligeros espasmos. Debe ser por la vez en que casi pierdo la vida en el río Tula. Mejor abro los ojos y me relajo con el lento movimiento del agua. Estoy en la orilla con la esperanza de que algún tono de azul me proporcione calma, pero un negro abismal me hace subir de inmediato a la pequeña embarcación.

El corto trayecto apenas me permite especular sobre lo que nos puede estar acechando desde la profundidad. La mujer, desde el otro extremo del bote, me lanza esa mirada tan ensayada y me pregunta.

— ¿Qué te pasa? Te noto pálido.

—Nada, solamente me cuesta un poco respirar, me ha impactado la oscuridad del agua.

—Tú eres una persona oscura.

Intento detener esas palabras antes de que se hundan en mi estómago, pero no puedo. Esta pantomima se repite tantas veces y de tantas formas que lo mejor será desviar la mirada hacia los destellos azafranados y marrones de los edificios que parecen haber estado ahí siempre, construcciones estoicas frente a los embates del mar, frente a las corrientes caprichosas del viento, frente a la tierra cargada de sal.

Yo soy como esas estructuras. Nos esforzamos por proyectar fortaleza, pero al final seremos derrotados pese a los años de lucha. En su caso bastará la absurda decisión de alguna flamante autoridad de Delft para ordenar la demolición de ese puente o de esa torre. En el mío, será suficiente una frase de esta mujer para que me comience a fragmentar.

Recorro el muelle y para mi sorpresa, la señorita me ha tomado de la mano en público; no hacía esto desde aquella visita a San Miguel Regla; por cierto, este lugar se parece un poco a la Hacienda. ¡Pero quedamos en que nada de comparaciones! Además, en realidad camino solo, me muevo sobre un musgo suave que

se niega a ser arrancado. ¿Cómo transitar dignamente por una pintura?
¿Cómo describir paisajes de Holanda si esa palabra me evoca más a una paleta de hielo que a un país? Pero me lo ha pedido ella y yo siempre trato de complacerla.

“Apúrate, tenemos que llegar a la firma” me grita la joven mientras trato de concentrarme en los detalles de este lugar en donde todavía transcurre el siglo XVII. Apresuro el paso a un costado de la muralla cuando escucho risas del otro lado, creo que son los habitantes de las casas con techos escarlata, aunque esa felicidad no corresponde con la imagen que tengo de los dueños de propiedades tan fastuosas. Aun así decido saludar deseándoles buena tarde. No hay respuesta, sólo se oyen pasos apresurados que se alejan. Mi acompañante me dice que esas personas seguramente no entendieron nada y me recuerda que no estoy en mi pueblo, todo esto mientras entorna los ojos hacia arriba y exhala fastidiada.

No me derroto frente a esos comentarios que conozco de memoria, sólo me inquieta la forma en que estamos vestidos, porque esas palabras se escuchan diferente cuando las pronuncia una dama con la cabeza cubierta por una especie de burka blanca que contrasta con su negro e interminable vestido; sin mencionar este sombrero que trato de portar con estilo.

Supongo que la magna construcción frente a mí es una iglesia, y aquello que sobresale en la parte superior debe ser un campanario, aunque la fachada no tiene ningún relieve de tipo religioso. En el interior tampoco aprecio cuadros o esculturas con las conocidas personalidades sacras de miradas extraviadas, aunque sí se respira un ambiente solemne. Hombres sentados detrás de escritorios más altos que ellos escriben y escriben agachados en sus máquinas generadoras de textos, un déjá vu me hace pensar que ya estuve aquí. Pasan a mi lado dos personas tan confundidas como yo. Una de ellas me dice que debo conseguir un abogado. Yo soy abogado... Bueno, era abogado.

—No firme nada hasta que lo asesoren, además no debe tomar decisiones importantes cuando tiene las emociones desbordadas, mire nada más la cara que tiene.
—Muy tarde, ya firmé todo.

Nadie me responde porque ya nadie me escucha, después de un rato comienzo a hablar para mí, se ahogan las palabras en el fondo de mi garganta. El temor y la inseguridad hacen que me trague enteras las sílabas, simplemente no salen como deberían.

Salgo de ese lugar evitando a todas las personas, no soportaba más el eco que multiplica los murmullos. Camino de prisa hasta llegar a la construcción más desafiante de esta ciudad: este puente es más grande de lo que aparenta a la distancia, su utilidad práctica palidece frente a su capacidad de convertirse en un portal a través del cual es posible apreciar con mayor nitidez el resplandor de los últimos rayos de sol de este atípico día. Además, sólo desde aquí se advierte la verdadera intensidad del azul turquesa de los árboles, que deben ser los más viejos del mundo. Sin embargo, esa fugaz belleza no es suficiente para ignorar la sombra que cubre este sitio, de lo contrario ya habría desaparecido el dolor que atraviesa mi garganta, síntoma que aqueja a los que estamos condenados a la ridícula sensibilidad.

Cuestionarme sobre lo que realmente está pasando sería una impiedad, desde luego que todo parece real, pero esas nubes han permanecido inmóviles, sobre

todo esa de color gris que me ha amenazado durante horas con arrojarme sus diminutos escupitajos.

La noche se niega a aparecer, la penumbra que precede a su caída permanece inmóvil. ¿Este atardecer será infinito? claro que no, lo que sucede es que el tiempo aquí es un poco aletargado, sólo es eso.

Alguna ocasión leí que debemos ser como el agua que escurre, que avanza; pero mientras miro hacia abajo del puente, desearía fluir más rápido que esta masa espesa que parece no querer irse jamás.

Una anciana se asoma por la ventana de la casona de la izquierda, la que se distingue por su techo azulado de dos aguas.

— ¿No me diga que está usted llorando? ¿Es uno de esos depresivos que quiere terminar sus días aventándose de un puente?

—No la saludo porque usted no me saludó, no tengo por qué explicarle mi situación, pero si tuviera que hacerlo le diría que tiene más de dos años que no puedo llorar; ni este horrible lugar en donde vive ha logrado arrancarme una sola lágrima, además no soy tan estúpido como para creer que la muerte es el único final posible para una vida como la mía.

— ¡Aviéntese! Finalice su camino aquí, es más elegante dejar de existir aquí que en el río Tula.

—No vine para suicidarme. Es natural que luzca desmejorado, creo que así nací. Aunque no puedo seguir adelante porque aquí nada se mueve, excepto ella que siempre avanza, mientras yo, atrás sin poder sostenerle el paso. Pero estoy aquí para recorrer la pintura. Vermeer y ella tienen la culpa de que esté aquí dentro del cuadro, no llegué voluntariamente.

— ¿Ella? ¿Se refiere a su princesa? Acaba de entrar en el castillo, el que está aquí al lado.

La sal ha secado mis labios al punto en que resulta doloroso hablar, por eso no me despidió del personaje de la ventana. Bajo unas escaleras interminables, tomo una de las flores rojas que se cruzan por mi camino mientras la tripulación del barco me anima gritando: *verliefde ridder*.

Llego ante la puerta del castillo. Mientras recobro el aliento siento que las vigas de madera roja me tragan poco a poco.

Antes de entrar miro arriba y veo dos torres que asocio con unos senos azules. Imagino que me encontraré con alguna armadura, escudo o cualquier otro artilugio relacionado, pero nuevamente el interior no corresponde con la fachada. De nueva cuenta personas abstraídas, esta vez contando dinero dentro de cajas de cristal, tampoco entiendo nada y me vuelven a preguntar si vengo con abogado, ya ni intento explicarles sobre mi jurispasado.

La mujer se sostiene del brazo de mi amigo abogado, ambos me piden que firme, que no haga más difícil el proceso. Trago saliva, enderezo la espalda, respiro y tomo un bolígrafo, firmo el documento cuyo encabezado dice: “liquidación de sociedad conyugal”

Salgo del Castillo-Banco de Plaza Independencia. Lucho por mantener la vertical, acabo de entregar la mitad de mi dinero a mi ahora exesposa.

Observo mi celular, la imagen en la pantalla es la “Vista de Delft”. El reloj marca las diecisiete horas con treinta y cinco minutos de un lunes insólito.

Cuestionario

1. ¿Cuál es la idea principal de cuento?
2. ¿En dónde se desarrolla la historia?
3. ¿Por qué el protagonista estaba distraído?
4. ¿Cuál es la importancia de la imagen de fondo de su celular en el cuento?
5. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
6. Escribe un resumen del cuento

Noticia nacional

Christian Negrete

Siempre quisiste ser noticia nacional. Habías conseguido salir en algunas portadas de revistas sociales de tu localidad y en periódicos de la región, pero tus anhelos eran mayores. Soñabas con ver tu fotografía sentado al borde del escritorio en tu suntuoso despacho, pasar la página de la revista y observar un reportaje sobre el nuevo yate de la familia Sponda Limantour.

Naciste en un municipio del estado de Hidalgo, no mencionaré el nombre porque lo ignoro, nunca nos compartiste esa información. Cuando llegabas a una reunión, todos advertían el aroma de tu perfume, vaciabas galones sobre tu piel y tu ropa; después te hacías rodear de varias personas para comenzar la charla, ya fuera de pie o desde un sillón, te apostabas en el centro afirmando que Dios te había distinguido con diversos talentos. Narrabas que a los cinco años de edad eras capaz, gracias a tu memoria prodigiosa, de declamar *Reír llorando*, de Juan de Dios Peza, con tal dramatismo que hacías estallar en llanto a todas las mamás y maestras de tu escuela. Desde niño aprendiste a cantar y a tocar la guitarra, interpretabas los grandes éxitos de los sesenta y setenta para regocijo de tus padres y de sus amigos. Decías que la elegancia siempre te acompañó, que nunca salías de casa sin cerciorarte del estado de tu cabello, tu camisa siempre hasta el último botón, aunque ello te causara una gran incomodidad; alegabas que el estilo debía imponerse a cualquier circunstancia climática, así fuera el calor del centro del país.

En alguna ocasión me dijiste que optaste por estudiar la licenciatura en derecho porque te permitía desarrollar tus habilidades sociales. Ingresaste en la universidad pública. Todos sabíamos que no te alcanzaba para pagar una privada, pero te empeñabas en decir que elegiste la autónoma porque tenía mejores maestros. Te ufanabas de tu relación con Stephanie, hija de un prominente empresario del ramo de la construcción, porque esa jugada te había permitido construir a ti también.

—Estoy en la construcción... Construyo un personaje, ¡edifico mi estampa! decías sonriendo mientras tomabas tu vaso de plástico rojo como si fuera una fina copa de cristal.

Asistías a las fiestas de la clase privilegiada del Estado, donde te desenvolvías con gran naturalidad, mentías y a veces omitías información biográfica. Otras ocasiones exagerabas hechos, de manera que pudiste relacionarte con esas personas.

Decías que no te había costado demasiado esfuerzo concluir la carrera.

—Todo se trata de simulación y adulación, eso es el derecho compañeros, no se claven, aquí estamos nada más por el papelito.

Dos de tus amigos, miembros de familias prominentes, te permitieron trabajar en su despacho; lo único que tenías que hacer era acompañarlos en sus largas jornadas de retas en la Playstation y contar uno que otro chiste, sólo eso. Los padres

de tus “socios” tenían amigos en el Tribunal y en la Procuraduría, por lo que los asuntos salían solitos. Algunas ocasiones te llegaron a encargar que llevaras a tus amigos y amigas más presentables a las fiestas del despacho, así que durante esos años fuiste una especie de mini proxeneta.

Uno de los dueños del despacho te prestó dinero. Todos conocemos que esa suma te la dio a cambio de que no hicieras públicos ciertos videos cuyo contenido sigue siendo un misterio. Con esa cantidad abriste tu despacho jurídico, que desde luego bautizaste con tu nombre seguido de una palabra en inglés. Además te llevaste varios clientes del otro despacho. Cuando alguien llegó a cuestionar tus acciones citabas a un político priista que decía que la moral es un árbol que da moras.

Convenciste a una de tus dieras de celebrar su cumpleaños número 75 en Estados Unidos y desde luego que te ofreciste para acompañarla. La besabas tiernamente cada vez que accedía a comprarte una prenda de vestir, algún perfume o esos grandes lentes de sol que eran tus favoritos. Nos contaste que —para que te pagara el curso de verano en una universidad de California— tuviste que hacer el amor con ella; nos describiste la forma en que besaste, acariciaste y te adentraste en ese viejo árbol: un encino o un sabino, no recuerdo bien la metáfora que utilizaste. Te sentiste como si te estuvieras frotando contra la áspera corteza. Nos presumiste que regresaste bien forrado de ese viaje.

El cambio del sistema procesal penal en el país constituyó tu mayor oportunidad de negocio: tenías una constancia de una universidad estadounidense, no podías pedir más.

—Lo más cerca que han estado la mayoría de mis colegas del sistema anglosajón es cuando han entrado a un McDonald’s. Ése es su único contacto con Estados Unidos— decías riendo en todos los cursos y talleres que dabas en escuelas de Hidalgo.

La publicidad en tus redes sociales era irritante. Hacías que te tomarán fotos como si fueras Hitler, gritando y manoteando al aire. No utilizabas calcetines porque era la tendencia, así que levantabas cada tres minutos tu pantalón para que lo notara tu público. Mostrabas en Facebook relojes, zapatos y corbatas que abarcaban un espectro de colores interminable; entrabas al club de golf a tomarte fotografías que después publicabas con la frase: “mejorando mi swing.”

Tus cursos no eran de derecho procesal penal, en honor a la verdad, se trataba de talleres de superación personal. Decías que tu público quería show, que quería reconocimiento, no conocimiento; así que te la pasabas haciéndolos sentir mal, porque nunca habían salido del país, porque no sabían hablar inglés, porque no eran abogados globales como tú, y aun así, al final de los talleres todos te aplaudían y salían contentos.

Como nadie es profeta en su tierra, decidiste marcharte de Hidalgo. Decías que era un Estado bicicletero y terminaste yéndote a la Ciudad de México, a trasladarte en ECOBICI de la Roma a la Condesa.

En la ciudad comenzaste a capacitar a miembros de la Procuraduría, al principio fue difícil, no los podías engañar tan fácil como a tus jóvenes estudiantes, así que llevaste a tus amigos jueces y magistrados para que dieran las clases en tu lugar. Confirmabas que el derecho se reducía a simulación y adulación.

Las ciudades destruyen las costumbres, decías cantando; ya no te quedaba un ápice de vergüenza. Mentías y engañabas sin recato. No tenías novia porque

decías que no habías encontrado a nadie a tu altura. Te alejaste de tu madre porque osó mandarte en una ocasión a traer las tortillas. Hablabas de ti en tercera persona.

Como querías más dinero, no dudaste en aceptar ese asunto relacionado con tráfico de drogas. Tampoco dudaste en cobrar por adelantado y en dólares, sin haber leído las copias del expediente. Mucho menos titubeaste en tramitar un indulto cuando te diste cuenta de que no había más recurso por interponer: el asunto estaba perdido.

En un ataque de cordura te invadió el miedo cuando estabas frente a la oficialía de partes de la residencia oficial de Los Pinos, el encargado de recibir el recurso te pidió que esperaras un momento mientras llegaba un abogado del área jurídica. Cuando estabas a punto de irte, un licenciado salió de la oficina y te informó con una voz tenue, acorde a su avanzada edad, que ya te estaban recibiendo los documentos. No logró contener la risa cuando te dijo que recordaba un recurso de esa naturaleza que resultó procedente, cuando el entonces presidente Miguel Alemán indultó a David Alfaro Siqueiros por sus altos servicios a la nación; que veía difícil que el actual mandatario indultara a un par de traficantes de droga que llevaban treinta kilos de metanfetaminas cada uno en su equipaje al abordar el avión de México a Madrid.

La preocupación desapareció cuando te llamaron de una revista de sociales de Hidalgo para hacerte una sesión fotográfica en el Ángel de la Independencia. El título del reportaje sería “Joven abogado hidalguense rompiéndola en la capital”. Te citaron el sábado a las once de la mañana en Paseo de la Reforma.

Hoy se realizó la sesión de fotos, te pusiste tus mejores prendas, esas que tienen la marca escrita por todos lados. Saludaste al staff de la revista. Repartiste tus tarjetas de presentación, negras con letras doradas y abajo de tu nombre se leía la palabra “jurisconsulto”. Cuando observaste a la asistente de fotografía le dijiste que era una mujer de “contornos opulentos”. En la primera oportunidad rozaste sus caderas cuando te indicaba la manera en que tenías que colocar tus brazos. Te dijo que el izquierdo era tu mejor perfil, le contestaste que “abajo” tenías otros perfiles aún mejores, cerrando ridículamente tu ojo derecho.

Estaba por terminar la sesión cuando se acercaron dos personas a bordo de una motocicleta. Como pensaste que eran parte del personal de la revista, te apresuraste a sacar tus absurdas tarjetas de presentación, que terminaron en el suelo, cuando viste que ambos portaban ametralladoras negras como sus ropas, las cuales comenzaron a descargar sobre tu cuerpo, sobre tu perfecto traje.

Ahora estás en el suelo, lleno de orificios a los pies de la Victoria Alada y totalmente derrotado. Piensas en el indulto, ¡el indulto! Te ahogas con tu propia sangre, tu corazón apenas se mueve, tu último anhelo es que quizá arriben al lugar algunos periodistas, inclusive alguno de Televisa. Tal vez te mencionen en el noticiero nocturno y así, por lo menos hoy, seas noticia nacional.

Cuestionario

1. ¿Para ti cual es el mensaje de esta historia?
2. ¿Consideras que es buena elección haber usado tercera persona en el relato del cuento?
3. ¿Harías lo mismo que él para llegar a lo más alto de tu carrera?
4. ¿Explica por qué crees que el título es “NOTICIA NACIONAL”?
5. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
6. Realiza un resumen del cuento.

Jorge Bucay

23

[👉 Ir a índice](#)

Es un médico y psicoterapeuta gestáltico. Una amplia cultura sobre los mitos antiguos, además de una innegable sabiduría derivada de su propia vida y de su trayectoria profesional, confluyen en su obra a la que han recurrido millones de personas que deseaban comprender sus retos vitales o sobreponerse a las difíciles pruebas que les imponían la circunstancias.

Los libros del autor son grandes éxitos de venta en todos los países de habla hispana y han sido traducidos a veintiocho idiomas, entre ellos: inglés, polaco, hebreo, griego, ruso, húngaro, coreano, chino, búlgaro, croata y portugués.

Alejado de la tarea asistencial, Bucay viaja por todo el mundo acompañando a sus libros e impartiendo conferencias sobre dos pasiones: la educación y el estudio de la conducta humana. A lo largo de su trayectoria profesional se ha hecho merecedor de varios premios y reconocimientos en más de una docena de países.



Todo por amor

Jorge Bucay

Camino por mi camino.
Mi camino es una ruta con un solo carril, el mío.
A mi izquierda, un muro eterno separa mi camino del camino de alguien que transita a mi lado, del otro lado del muro.
De vez en cuando, en este muro hay un agujero, una ventana, una hendidura... y puedo mirar hacia el camino de mi vecino o vecina.
Un día mientras camino, creo ver, del otro lado del muro, una figura que pasa a mi ritmo, en mi misma dirección.
Miro esa figura: es una mujer, es hermosa.
Ella también me ve. Me mira.
La vuelvo a mirar.
Le sonrío... y me sonrío.
Un momento después ella sigue andando su camino y yo apuro la marcha porque espero ansiosamente la próxima oportunidad de cruzarme con esa mujer.
En la próxima ventana me detengo un minuto.
Cuando ella llega, nos miramos a través de la ventana.
Parece tan encantada conmigo como yo con ella.
Le digo por señas lo mucho que ella me agrada.
Me contesta con señas. No sé si significan lo mismo que las mías, pero intuyo que ella entiende lo que quiero decirle.
Siento que me quedaría un largo rato mirándola y dejándome mirar, pero sé que mi camino continúa...
Me digo que más adelante en el camino, habrá seguramente una puerta y quizá pueda yo cruzar y encontrarme con ella. Nada da más certeza que el deseo, así que me apuro por encontrar la puerta que imagino.
Empiezo a correr con la vista clavada en el muro.
Un poco más adelante la puerta aparece.
Allí está del otro lado, mi ahora deseada y nada compañera, esperando, esperándome.
Le hago un gesto, ella me devuelve un beso en el aire.
Me hace una seña como llamándome. Es todo lo que necesito. Voy hacia la puerta para reunirme con ella, de su lado del muro.
La puerta está muy estrecha, paso una mano, paso el hombro, hundo un poco la panza, me retuerzo un poquito sobre mí mismo, casi consigo pasar mi cabeza, pero mi oreja derecha se queda trabada.
Empujo.
No hay caso, no pasa.
Y no puedo usar mi mano para torcerla, porque no podría poner ni un dedo allí...
No hay espacio para pasar con mi oreja, así que tomo una decisión...
(porque mi amada está allí, y me espera...)

(porque es la mujer que siempre soñé y me llama...)
... saco una navaja de mi bolsillo y de un solo tajo rápido, me animo a darme un corte en la oreja para que mi cabeza pase por la puerta.
Y tengo éxito, mi cabeza consigue pasar...
Pero después de mi cabeza, veo que es mi hombro el que queda trabado.
La puerta no tiene la forma de mi cuerpo.
Hago fuerza, pero no hay remedio, mi mano y mi cuerpo han pasado, pero mi otro hombro y mi otro brazo no pasan...
Ya nada me importa, así que...
Retrocedo, y sin pensar en las consecuencias, tomo vuelo y fuerza mi paso por la puerta.
Ya casi... casi, estoy del otro lado.
Justo cuando estoy a punto de terminar de pasar por a hendidura, me doy cuenta de que mi pie derecho se ha quedado enganchado del otro lado.
Por mucho que fuerzo y me esfuerzo, no puedo pasarlo.
No hay caso, la puerta es demasiado angosta para que mi cuerpo entero pase por ella.
Demasiado angosta, no pasan mis dos pies...
No lo dudo. Estoy ya casi al alcance de mi amada.
No puedo echarme atrás... así que, agarro el hacha y, apretando los dientes, doy el golpe y desprendo la pierna.
Ensangrentado, a los saltos, apoyado en el hacha y con el brazo desarticulado, con una oreja y una pierna menos, me encuentro con mi amada.
Le digo:
-Aquí estoy. Por fin he pasado. Me miraste, te miré, me enamoré. He pagado todos los costos por ti... todo vale en la guerra y el amor. No importan los sacrificios... valían la pena si eran para encontrarme contigo... para poder seguir juntos... juntos para siempre...
Ella me mira, se le escapa una mueca y me dice:
-Así no, así no quiero... a mí me gustabas cuando estabas entero.

Cuestionario.

1. ¿Cuál crees que sea el mensaje central del cuento?
2. ¿A qué hace referencia el muro en el cuento?
3. ¿Qué cambiarías en el cuento?
4. ¿Te parece acertado el uso de primera persona en el relato del cuento?
¿por qué?
5. Realiza un resumen
6. ¿Cómo imaginas que es la personalidad de los personajes?
7. ¿Cómo defines la relación que surge entre los personajes?

El Guerrero

Jorge Bucay

El cuerpo gigantesco del guerrero sumerio estaba arado de cicatrices y su piel curtida por el sol y la nieve.

Su nombre era Jormá, y cuenta esta historia que cierta vez, mientras cabalgaba con tres de sus amigos de una ciudad a otra, sufrieron una emboscada a manos de sus más crueles enemigos.

Los cuatro guerreros combatieron con fiereza, pero solo Jormá consiguió sobrevivir, sus tres amigos cayeron muertos durante la lucha.

Ensangrentado y exhausto, Jormá se dio cuenta de que necesitaba descansar, reponer fuerzas y sanar sus heridas.

Miró a su alrededor en busca de un lugar seguro y divisó una pequeña caverna excavada en una montaña cercana.

Casi arrastrándose llegó hasta allí y una vez dentro de la cueva, extendió sobre el piso su piel de oso y se quedó profundamente dormido.

Horas o días después, lo despertó el hambre. Sintió que su estómago reclamaba algo caliente. Todavía adolorido, Jormá decidió salir a juntar algunas ramas y troncos secos para prender un pequeño fuego en su guarida transitoria y comer así un poco de la carne salada que llevaba consigo.

Cuando la luz de las llamas iluminó el interior del refugio, el guerrero no podía creer lo que veía: el reducto que había encontrado no era simplemente una cueva, era un templo, un templo excavado en la roca.

Por las inscripciones y los símbolos, el sumerio descubrió que el templo había sido construido en honor a un solo dios...

El dios Gutzú.

Jormá había aprendido a desconfiar de las casualidades, y quizá por eso no dudó en pensar que sus pasos habían sido conducidos hasta la cueva por el mismísimo dios del templo, para poder así guardar su sueño.

Jormá concluyó que ésta era una señal.

Desde entonces encomendaría su espada al dios Gotzú.

Se quedaría allí hasta que sus heridas se curaran.

Mientras tanto, prendería un gran fuego debajo del altar que presidía la inmensa imagen en piedra del dios y cazaría algún animal al cual sacrificar en su honor.

Cinco días y cinco noches más estuvo el guerrero en la cueva de la montaña, reponiéndose y honrando a Gotzú.

Durante ese tiempo nunca dejó que se apagara la llama que iluminara el altar.

Al sexto día, Jormá se dio cuenta de que era hora de seguir su camino, y quiso dejar, antes de partir, una ofrenda a Gotzú en señal de gratitud.

-Una llama eterna- pensó-, pero ¿cómo conseguirla?

Jormá salió de la cueva y se sentó en una roca al borde del sendero a meditar sobre el problema.

Sabía que un poco de aceite ayudaría a mantener la llama, pero no era suficiente.

Pensó por un momento, que quizá debía buscar mucha leña, tanta como para que nunca se consumiera; tanta, que durara eternamente... pero rápidamente se dio cuenta de lo vano del esfuerzo... mucha madera aumentaría la intensidad del fuego, pero no la duración de la llama...

Un monje, de túnica blanca, que caminaba por el sendero se detuvo frente a Jormá. Tal vez de puro curioso o quizá por la sorpresa de ver a un guerrero en tan reflexiva actitud, el caso es que el monje se sentó frente al sumerio y se quedó inmóvil mirándolo como si pasara a ser parte del paisaje.

Horas después, cuando el sol ya caía, Jormá, todavía seguía pensando...

Lo ocupaba tanto su problema que no se sorprendió demasiado cuando el monje le habló:

- ¿Qué te pasa guerrero?, pareces preocupado... ¿puedo ayudarte?

-No lo creo- dijo el guerrero-. Esta cueva, mi señor, es el templo del dios Gutzú, a quien hace cinco lunas he consagrado como mi protector, el destinatario de mis oraciones, el objeto último de mi lucha. Pronto deberé partir y quisiera honrarlo eternamente, pero no sé cómo conseguir que la llama que he encendido dure para siempre.

El monje meneó la cabeza y como si hubiera adivinado el camino que había recorrido el pensamiento del guerrero, le dijo:

-para que la llama sea eterna, necesitarás algo más que madera y aceite...

-¿Qué cosa?- se apuró a preguntar Jormá-. ¿Qué más necesito?

-Magia- dijo el monje secamente.

-Pero no soy mago, ni sé de magia...

- Sólo la magia puede conseguir que el fuego sea eterno.

-Yo quiero que la llama sea eterna- dijo el guerrero, y siguió- Si consigo la magia, ¿me puedes asegurar que la llama para Gutzú será eterna?

- ¿Asegurar? Hace una semana ni siquiera sabías de la existencia de este templo a Gotzú... y hoy quieres para él un homenaje eterno. Esto es lo que hoy deseas... ¿es que acaso tú puedes asegurar que tu deseo será eterno...?

Jormá guardó silencio.

El guerrero se dio cuenta de que nadie podía afirmar la eternidad de un deseo...

El monje volvió a menear la cabeza y se puso de pie...

Se acercó a Jormá, apoyándole la mano abierta en el pecho, y le dijo:

-te diré un secreto:

¡la magia sólo dura mientras persiste el deseo!

Cuestionario

1. ¿Cuál es el mensaje principal del cuento?
2. Según el cuento ¿cómo te imaginas al guerrero? descríbelo
3. ¿A qué se refería el monje con la frase “¡la magia sólo dura mientras persiste el deseo!”?
4. ¿Por qué el guerrero deseaba que la llama durara para siempre?
5. ¿Qué crees que haya decidido el guerrero?
6. Realiza un resumen
7. ¿Cómo consideras el papel de las creencias religiosas en la vida del ser humano?

El Buscador

Jorge Bucay

Ésta es la Historia de un hombre al que yo definiría como un buscador...

Un buscador es alguien que busca, no necesariamente alguien que encuentra.

Tampoco es alguien que, necesariamente, sabe qué es lo que está buscando, es simplemente alguien para quien su vida es una búsqueda.

Un día, el buscador sintió que debía ir hacia la ciudad de Kammir. Él había aprendido a hacer caso riguroso a estas sensaciones que venían de un lugar desconocido de sí mismo, así que dejó todo y partió.

Después de dos días de marcha por los polvorientos caminos divisó, a los lejos, Kammir. Un poco antes de llegar al pueblo, una colina a la derecha del sendero le llamó mucha la atención.

Estaba tapizada de un verde maravilloso y había un montón de árboles, pájaros y flores encantadoras; la rodeaba por completo una especie de valla pequeña de madera lustrada.

Una portezuela de bronce lo invitaba a entrar. De pronto, sintió que olvidaba el pueblo y sucumbió ante la tentación de descansar por un momento en ese lugar.

Es buscador traspasó el portal y empezó a caminar lentamente entre las piedras blancas que estaban distribuidas, como al azar entre los árboles.

Dejó que sus ojos se posaran como mariposas en cada detalle de este paraíso multicolor.

Sus ojos eran los de un buscador, y quizá por eso descubrió, sobre una de las piedras, aquella inscripción:

Abdul Tareg, vivió 8 años, 6 meses, 2 semanas y 3 días.

Se sobrecogió un poco al darse cuenta de que esa piedra no era simplemente una piedra, era una lápida.

Sintió pena al pensar que un niño de tan corta edad estaba enterrado en ese lugar.

Mirando a su alrededor el hombre se dio cuenta de que la piedra de al lado también tenía una inscripción. Se acercó a leerla, decía:

Yamir Kalib, vivió 5 años, 8 meses, y 3 semanas.

El buscador se sintió terriblemente conmovido. Este hermoso lugar era un cementerio y cada piedra, una tumba.

Una por una, empezó a leer las lápidas.

Todas tenían inscripciones similares: un nombre y el tiempo de vida exacto del muerto.

Pero lo que lo conectó con el espanto, fue comprobar que le que más tiempo había vivido sobrepasaba apenas los once años... Embargado por un dolor terrible se sentó y se puso a llorar.

El cuidador del cementerio, pasaba por ahí y se acercó.

Lo miro llorar por un rato en silencio y luego le preguntó si lloraba por un familiar.

-No, ningún familiar- dijo el buscador-, ¿qué pasa con este pueblo?, ¿qué cosa tan

terrible hay en esta ciudad?, ¿Por qué hay tantos niños muertos, enterrados en este lugar?, ¿cuál es la horrible maldición que pesa sobre esta gente, que los ha obligado a construir un cementerio de niños?

El anciano se sonrió y dijo:

- Puede usted serenarse. No hay tal maldición. Lo que pasa es que aquí tenemos una vieja costumbre. Le contaré...

Cuando un joven cumple quince años sus padres le regalan una libreta, como esta que tengo aquí, colgando del cuello.

Y es tradición entre nosotros que, a partir de allí, cada vez que uno disfruta intensamente de algo, abre la libreta y anota en ella:

A la izquierda, que fue lo disfrutado...

A la derecha, cuanto tiempo duró el gozo.

Conoció a su novia y se enamoró de ella. ¿Cuánto tiempo duró esa pasión enorme y el placer de conocerla?, ¿una semana?, ¿dos?, ¿tres semanas y media?

Y después... la emoción del primer beso, el placer maravilloso del primer beso, ¿cuánto duró?, ¿el minuto y medio del beso?, ¿dos días?, ¿una semana...?

¿Y el embarazo o el nacimiento del primer hijo...?

¿y el casamiento de los amigos...?

¿y el viaje más deseado...?

¿y el encuentro con el hermano que vuelve de un país muy lejano...?

¿Cuánto tiempo duró el disfrutar de estas situaciones...?

¿horas?, ¿días...?

Así... vamos anotando en la libreta cada momento que disfrutamos.... cada momento.

Cuando alguien se muere, es nuestra costumbre, abrir su libreta y sumar el tiempo de lo disfrutado, para escribirlo en su tumba, porque ese es, para nosotros, el único y verdadero tiempo VIVIDO.

Cuestionario

1. ¿Cómo definirías el cuento con tres adjetivos?
2. ¿Cuál es el mensaje central en el cuento?
3. ¿Qué cambiarías en el cuento?
4. ¿Esperabas algún otro final? ¿cuál?
5. ¿Qué opinas de la costumbre de aquella región?
6. Realiza un resumen.
7. ¿Por qué crees que el cuento se llama “el buscador”?
8. ¿Estás de acuerdo en que la vida se mide con los momentos felices?, ¿cómo consideras que debe medirse la vida?

Darse Cuenta

Jorge Bucay

Me levanto una mañana,
salgo de mi casa,
hay un pozo en la vereda,
no lo veo,
y me caigo él.

Día siguiente...
Salgo de mi casa,
Me olvido que hay un pozo en la vereda,
Y vuelvo a caer en él.

Tercer día,
Salgo de mi casa tratando de acordarme
Que hay un pozo en la vereda,
Sin embargo
No lo recuerdo,
Y caigo en él.

Cuarto día,
Salgo de mi casa tratando de acordarme
Del pozo en la vereda,
lo recuerdo,
y a pesar de eso,
no veo el pozo
y caigo en él.

Quinto día,
Salgo de mi casa,
Recuerdo que tengo que tener presente
El pozo en la vereda
y camino mirando el piso,
Y lo veo
Y a pesar de verlo,
Caigo en él.

Sexto día, salgo de mi casa,
Recuerdo el pozo en la vereda,
Voy buscándolo con la vista,
Lo veo,
Intento saltarlo,

Pero caigo en él.

Séptimo día,
Salgo de mi casa
Veo el pozo,
Tomo carrera,
Salto,
Rozo con la punta de mis pies el borde del otro lado,
Pero no es suficiente y caigo en él.

Octavo Día,
Salgo de mi casa,
Veo el pozo,
Tomo carrera,
Salto,
¡llego al otro lado!
Me siento tan orgulloso de haberlo conseguido,
Que festejo dando saltos de alegría...
Y al hacerlo,
Caigo otra vez en el pozo.

Noveno día, salgo de mi casa,
Veo el pozo,
Tomo carrera,
Lo salto
Y sigo mi camino.

Décimo día, hoy me doy cuenta
Hasta hoy
Que es más cómodo
Caminar... por la vereda de enfrente.

Cuestionario.

1. ¿Crees que el pozo del cuento es real o es una metáfora?
2. ¿Por qué el personaje cae una y otra vez en el pozo?
3. ¿Qué tipo de persona imaginas que es el personaje de este cuento?
4. ¿Cuál sería la moraleja de esta historia?
5. Escribe un final para este cuento
6. Realiza un resumen de esta historia
7. Reflexión: ¿Cuántas veces has caído en un mismo pozo?

Ana García Bergua

37

Nacida en la Ciudad de México en 1960.

Autora de novelas, entre ellas *Púrpura* (1999), *Rosas negras* (2004), *Islas de bobos* (2007) y *La bomba de San José* (2012), con la que recibió en 2013 el premio Sor Juana Inés de la Cruz que da la feria Internacional del Libro de Guadalajara. Entre sus libros de relatos y crónicas figuran *La confianza en los extraños* (2002), *Pie de página* (2007), *Edificio* (2010) y *El limbo bajo la lluvia* (2013), editado por Textofilia.

Muchos de sus cuentos aparecen en antologías nacionales e internacionales; ha sido traducido al francés, inglés y esloveno.

Forma parte del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Ha publicado cuentos y crónicas literarias en diversas revistas y suplementos culturales. Su columna “Y ahora paso a retirarme” aparece desde hace varios años en la *Jornada Semanal*.



Despertar

Ana García Bergua

Cuando abrí los ojos, estaba caminando por una carretera y no sabía por qué estaba ahí. Hacía muchísimo frío, yo traía una camisola de lana demasiado grande, además de pantalones de mezclilla. Pensé que era un sueño y seguí caminando sin saber a dónde, buscando quitarme el frío. Me hurgué en los bolsillos; traía algunas monedas, ni celular ni nada. Los coches pasaban raudos, me pregunté si debía parar alguno, pero sentí miedo. Encontré un letrero por fin: caminaba por la carretera de Cuernavaca, en dirección opuesta a la ciudad de México. Tomé el camino de regreso hacia mi casa. Quizás en lo que llegaba me despertaría.

Caminé y caminé pensando que al día siguiente me dolerían mucho las piernas. Pasé la caseta, nadie se fijaba en mí. Encontré un teléfono público, marqué el número de casa. Una voz me contestó, una muchacha. Soy yo, le dije, no sé qué hago aquí, pero estoy en la salida a Cuernavaca. ¿Quién es?, me dijo. Nora, contesté. Me colgó diciendo que estaba equivocada. Metí más monedas, volví a marcar. ¿No está Juan? No está, respondió la misma voz, ¿quién lo busca? Nora, insistí, ¿quién eres tú? Sandra, respondió. Sandra, mi hija, tenía cinco años. ¿Cómo Sandra?, pregunté. Volvió a colgar. Me dio angustia pensar quién estaría con Sandra. Se me habían terminado las monedas, tenía las piernas entumidas, me sentía muy sucia. No me despertaba, no me quedaba más remedio que caminar.

Vivía en la Villa Olímpica. El camino se me hizo una eternidad, pero llegué por fin a mi casa. Llamé por el interfón, me pidieron mi nombre. Nora, grité, soy Nora. Qué Nora, insistían. Pues yo, Nora. No me abrieron. Me, senté en la escalera, estaba agotada, empecé a llorar. Escuché que alguien bajaba corriendo del interior y abrió la puerta. Era Juan. Estaba muy cambiado. Me miró con espanto y exclamó mi nombre. ¿Qué pasa?, le pregunté, no entiendo qué pasa. Hoy amanecí caminando por la carretera. Traté de abrazarme a él, pero pareció asustarse. Se echó hacia atrás. Me senté en el piso, me dolía todo el cuerpo. Me ayudó a levantarme. Subimos las escaleras, no llamó el elevador. Yo tenía miedo de que la niña me viera así.

¿Dónde está Sandra?, pregunté al entrar a casa. Una jovencita salió de su cuarto. Se nos quedó mirando a mí y a Juan, con curiosidad. Juan asintió, como si ella le hubiera preguntado algo y él respondiera. ¿Eres mi mamá?, preguntó al fin. Me di cuenta de que la casa estaba muy diferente. Juan se dejó caer en un sillón de la sala sin dejar de verme con incredulidad. Sandra hizo lo mismo. Sentí vergüenza de sentarme, como si fuera la casa de alguien más. Al parecer había pasado mucho tiempo. ¿De dónde vienes?, preguntó Sandra por fin. De la carretera, respondí, hoy abrí los ojos y estaba en la carretera.

Escuché el ruido de la puerta abriéndose. Una voz de mujer anunció que ya había llegado. Era joven, muy guapa. Venía vestida como de oficina, traía unas llaves de coche en la mano. Las dejó en la mesa y nos miró intrigada. Juan reaccionó como si se viera obligado a explicarle. Ella es Nora, le dijo. La mujer me miró con misma incredulidad que los otros. Me dijo que ella era Andrea. Mi esposa, añadió Juan. Tuve

mucho miedo. Me iba a levantar para verme en un espejo, pero preferí no hacerlo. Estaba temblando. Ayer yo vivía aquí y Sandrita tenía cinco años, alcancé a decir. Hoy abrí los ojos caminando en la carretera. Andrea y Juan se miraron. Alcanzaron a comunicarse algo. Andrea me dijo que me tranquilizara. No te preocupes, te prepararé un té. Me puso una mano en el hombro, un intento de contacto. Al parecer les daba asco. Pensé en pedirles permiso de bañarme en mi propio baño. Juan llamaba por teléfono a un doctor Balboa.

Sandra me estudiaba muy atenta. No se decidía a creer que yo era yo. Le pregunté qué había pasado, pero me contestó con aspereza. Eso quisiéramos saber nosotros, dijo. Andrea salió de la cocina, me dejó un té en una mesita, abrazó a Sandra. Sentí rabia de que me trataran así y no explicaran. Sandra me volvió a preguntar dónde había estado. Parecía desconfiar. Yo era muy chica, insistió. Te juro que no sé qué pasa, insistí a mi vez. Hoy abrí los ojos en la carretera. Juan seguía en el teléfono; decía “muy sucia”, “como ida”, “maltratada”, “vieja”. Decidí irme a dormir. Si era un sueño, quizá despertaría. Me levanté sin decirles nada. Hicieron como si me fueran a detener, pero se frenaron cuando me metí en la habitación. Me acosté en la cama, una cama muy distinta de la mía. Las piernas me dolían demasiado. Abrí los ojos por fin, despierta. En mi casa, en mi cama. Sentí un gran alivio. Juan ya se había levantado, sería tarde. Salí al comedor un poco mareada, eran como las diez; había dormido mucho. Estaba segura de que era domingo. Quería contarle a Juan lo que había soñado, me sentía cansada. Él estaba con la niña en el comedor, desayunando cereal. Parecían ajenos, jugaban con algo que venía en la caja, bromeaba. Qué crees que soñé, le dije a Juan, algo rarísimo. Los dos levantaron el rostro al mismo tiempo. En ese momento, reconocí las mismas miradas, la misma cómplice extrañeza. Sentí pavor. Me salí sin despedirme y eché a andar.

Cuestionario

1. ¿Para ti cual es el mensaje de esta historia?
2. ¿Sí fueras Juan que hubieras hecho?
3. ¿Por qué crees que el título es “DESPERTAR”?
4. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
5. Realiza un resumen
6. ¿Qué imaginas que le ocurrió a Nora?

No sé qué hago aquí

Ana García Bergua

No sé qué hago aquí. Hay una fiesta a mi alrededor, todo el mundo come, bebe y baila, y no sé qué celebran. Me parece que ahí, entre el tumulto, está Fabiola; baila con mi amigo Roberto. Trae un peinado alto, muy elaborado, y un vestido de seda azul que no le había visto antes. Me da vergüenza llamar a Fabiola y preguntarle qué hacemos en este sitio. No reconozco a nadie de nuestra mesa. Estamos comiendo pechugas rellenas de queso con salsa de champiñones. Ya me ha pasado, no es la primera vez. Me pasó en un río, cerca de Zihuatanejo. Me llevaron al médico cuando regresamos. Sabíamos que volvería a suceder. Me da vergüenza. Además ¿a quién le digo? Fabiola baila y no sé si alguien de la mesa es de mi confianza. Estamos en un salón muy grande, adornado con muchas flores. Quizá, si hago un esfuerzo, me acuerdo. A mi lado hay una señora que está guapa. Me abraza de repente. Me pregunta: ¿está rico el pollo, don Rodolfo? Muy bueno, le contesto. No puedo dejar de mirarle el escote, pero me debo aguantar. Qué tal que es alguna sobrina, la verdad es que ya no las distingo a unas de otras, pero eso desde hace años. Son muchas, todas me dicen tío. Y se parecen. Pero aquí no veo mujeres que se parezcan, como mis sobrinas. Roberto aprieta muy fuerte a Fabiola; la orquesta está tocando La gloria eres tú. Ya no los puedo distinguir, me los tapa una señora muy gorda con un hombre muy chaparro. ¿Será posible que ese hombre sea el senador Barrientos? Sería muy extraño, pero es idéntico. Una vez me lo presentaron. Un hombre muy formal, con ambiciones. ¿Y qué será lo que festejamos? Cuando regresamos de Zihuatanejo, el médico me aconsejó que tratara de recordar todos mis datos y lo que hice el día anterior. Vamos a ver: me llamo Rodolfo Jiménez Varela. Setenta y cinco años, cumplo en febrero. Vivo en Miraflores 39. Qué tontería estar recordando estas cosas. A mi sobrina o quien sea la señora de al lado le cayó salsa en el escote, no sé si decirle. Puedo limpiárselo con la servilleta, me gustaría, pero qué tal que se ofende.

No sé qué hago aquí. Fabiola y Roberto no se ven por ningún lado. Quisiera ir al baño aunque sea para echarme agua, mirarme en el espejo, pero no sé dónde está, ni que decir. Lo bueno es que no me urge. Uno de los que están en la mesa me pregunta si quiero vino blanco, le digo que sí. Para el postre es bueno. Si hay postre, no es boda, porque en las bodas el pastel es hasta después, con lo del ramo y eso. Y champán. No hay novio, ni novia, hay muchísima gente. Haré lo que me dijo el doctor ése: me llamo Rodolfo Jiménez Varela, fui diputado. Me retiré hace quince años. Qué tontería. No sé qué hago aquí. Fabiola y yo hemos viajado mucho, prácticamente desde que me jubilé. Le pusimos casa a todos los hijos. Lalo vive en Houston, íbamos con él aquella vez, vino de vacaciones. Marielita en Londres con el dentista ése. Perla y Patricia tienen su casa cerca de nosotros. Hubiera sido bueno que Marielita se casara con Barrientos, mira nomás qué bien se ve. Ese sí que hizo lana. La gorda debe de ser su mamá. A lo mejor no es Barrientos el que baila con la gorda, no tendrá la edad. Si tan siquiera alguien diera un discurso, dijera algo. A lo mejor dieron el discurso antes de que yo dejara de saber qué hago aquí.

Y ya se me olvidó.

Tengo otro hijo, Jaime, pero a él lo tuvimos que internar. Parezco idiota. Está en ese hospital que no me acuerdo cómo se llama. Bueno, ¿y si me hago el viejito chocho y le pregunto a la señora de al lado qué celebramos? Sigue con la salsa en el escote. Si le salgo con lo del viejito que no se acuerda de nada, ya no la hice. Y además le acabo de prender el cigarro con un encendedor dorado que está en la mesa, a lo mejor es mío. Me sonrió. Ella fuma y habla con otra señora al lado y con una viejita. Dicen que ya no se puede salir a la calle por la inseguridad. A la otra le acaban de robar el Maverick, qué barbaridad. Tiene los dientes muy salidos. ¿Y a usted, don Rodolfo, no le han robado nada? El escote, le digo. Quise decir que me robaron el Rolex hace unos meses y dije escote en vez de Rolex. Tengo que pronunciar bien. Me señalo la muñeca: el Rolex, le digo, en un alto. Por güey, por andar sacando el brazo. La señora de al lado se ríe, la otra me dice que al rato ya no vamos a poder hacer nada. Uno debería poder manejar con la ventana abierta, como antes. Es que antes estábamos nosotros para controlar las cosas, le contesto. Los que están ahora son unos idiotas. A las otras señoras de la mesa les hace gracia, pero a la escote no, será de otro partido. Voy a decir cualquier cosa, en una de esas y así me tiran un lazo. No se ha limpiado el escote, mire nomás ¿serán de a de veras? Fabiola se hizo unas en Houston, fue mi regalo de aniversario, pero ya se le volvieron a caer: ¿Y dónde anda? ¿Pues a poco ya se fue con Roberto? ¿Qué no era mi compadre? Oiga don Rodolfo, ¿y usted conoció al diputado Bermúdez? Es un tipo como de cuarenta el que me lo pregunta, copetón ¿El que se suicidó?, dice la de los dientes. Cómo no, pero no se suicidó, le digo, a ese lo mataron porque andaba en el negocio de las casas Vendía casas que no eran suyas. El copetón trae un gafete que dice Prensa. Nomás no lo ande diciendo, porque lo negaré todo, le advierto. Y le levanto la ceja a la del escote. Se sonríe. Ay, don Rodolfo, es usted tremendo. Seré muy tremendo, pero ya traigo unos cuernos de aquí a la Luna, porque acabo de ver a Fabiola bien, pero bien untada con Roberto ahí al fondo, y parece que no les da vergüenza ni nada. Ya regreso a la casa le armaré una buena, va a ver. Nomás averigüe qué carajos estamos haciendo aquí. ¿Qué le pasa, don Rodolfo? Se puso muy serio, me dice la del escote. Es que no veo al mesero, le contesto, quiero pedirle un almendrado en lo que traen el postre. Usted debería acompañarme, le digo, y pedir otro, es muy rico. Ya se puso roja, así me gustan. ¿No quiere bailar? Ay, don Rodolfo. Ándele, vamos a mover el bote, así no nos emborrachamos.

La verdad si está joven, yo quisiera saber quién es, pero cómo le voy a preguntar. Qué tal que es mi nuera, la de Lalo. Pero creo que Lalo se casó con una gringa, ¿o ya la dejó? De bruto no se casaba con una gringa. A este ritmo no le entiendo, noto incómoda a mi compañera pechugona, tensa. Huele bien. ¿Qué le pasa? le pregunto, ¿no se siente bien? Me mareé, me dice, no sé por qué. Véngase a sentar, le digo. Mira nomás, si supiera. Le pido al mesero que le traiga agua fría. Con hielito, para que se le pase, le digo. La dientona le pregunta que qué le pasó. Les digo que con permiso, la dejo ahí sentada y procuro caminar un poco por el salón. A lo mejor si camino me regresa la memoria y de paso voy al baño. Para ir al baño hay que cruzar un jardín, hay mucha gente brindando. Don Rodolfo, me llama un tipo vestido de lino, acompáñenos a platicar: Aquí mi compañero Andrade me dice que usted le dio clase en la Facultad de Derecho. Maestro, me dice le compañero Andrade, qué gusto volverlo a ver después de tantos años. Yo no me acuerdo de él. Ni de la Facultad de Derecho, pero es igual. Fabiola está en un rincón del jardín,

quién sabe qué le dice Roberto, se muere de risa. Juraría que le acaba de agarrar una nalga. Esto es demasiado. Les digo a los señores que con permiso, me acerco a Fabiola y carraspeo. Fabiola no reacciona, como si no me conociera. Le toco la espalda, voltea. No me reconoce. Perdón, le digo. No debe ser ella. A lo mejor estoy equivocado. No sé qué hago aquí.

Regreso a buscar el baño. Otro señor me llama: don Rodolfo, acompáñenos a brindar por Chepe. Su hija se acaba de recibir: Una menos, dice el tal Chepe, todavía me faltan cinco. Se ve un poco angustiado, yo que él estaría angustiado. Trato de recordar qué hice ayer: Desayuné papaya, de eso sí me acuerdo. Estuve un rato en el jardín leyendo el libro que acaba de publicar este muchachito que siempre se me va cómo se llama. Luego vino Perlita para que fuéramos al dentista y me sacaron una muela. En realidad, me acuerdo bastante bien de todo. Lo único que no sé es qué hago aquí. Probablemente es un sueño ¿Y si fuera un sueño? Por eso Fabiola no me reconoce. En realidad Fabiola y mi compadre, no estarían coqueteando tan tranquilos. Claro, es un sueño, yo estoy bien, fue nada más esa vez de Zihuatanejo. Nunca me volverá a pasar. Bueno, nunca digas nunca, dicen por ahí.

Si orino, me despierto, estoy seguro. Y si no me despierto, me orinaré en la cama, así que mejor no voy al baño. De regreso a la mesa, a esperar: Ahí sigue la pechugona; si es un sueño, a nadie le va a importar que yo le... Qué apretando está esto, parece que hubiera más gente bailando, muchos jóvenes. Pero sí, ahí está ella, con la dientona, la viejita y las otras señoras. El copetón ya se fue, pues claro ¿Qué iba a hacer con todas esas viejas? Vamos a tentar a Morfeo, Rodolfo, eso vamos a hacer. Llego y me siento, la miro a los ojos, agarro la servilleta y le limpio el escote. Mamacita, le digo. Todas se quedan como pasmadas. Hasta en los sueños se pasman las mujeres, pero hay una tensión muy grande. La viejita se levanta, muy contrariada. Rodolfo, yo creo que ya nos vamos, me dice. No se preocupe, doña Fabiola, no se preocupe, le dice la pechugona. Ándale, vente; la viejita me ayuda a levantarme. No ganamos para vergüenzas, me dice, cada día estas peor.

Cuestionario

1. ¿Para ti cuál es el mensaje de esta historia?
2. ¿Esperabas otro final en el cuento? ¿cuál?
3. ¿Qué enfermedad crees que tenga Rodolfo?
4. ¿De qué te imaginas que haya sido su fiesta?
5. Realiza un resumen del cuento

La tormenta hindú

Ana García Bergua

Una tarde de tormenta eléctrica, Adán Gómez llega a su casa con un ejemplar del libro *Veinte posturas excitantes para hacer el amor* y le propone a su esposa Rebeca practicar algunas. Qué cosas tienes Adán, le responde su mujer. Adán insiste. A estas alturas, dice —ambos rebasan los ochenta años—, no tenemos nada más que hacer. Empiezan esa tarde, después de la merienda, con la posición que en el libro se llama “Las Ramas en el Agua.” Les sale bastante bien, pensando que hace mucho no intentan nada parecido. Adán colecciona timbres y es un hombre ordenado; no compró el clásico *Kamasutra* porque le pareció confuso, pero aquí las posturas vienen por orden de dificultad y numeradas.

A pesar de haber quedado un poco desganados, Adán insiste en practicar la número dos, que en el libro se llama “El Caracol” y tiene la ventaja de ser lenta. Toma Viagra. Todo sale bien, pero Rebeca se luxa un codo y tiene que vendárselo. Los vecinos preguntan qué le pasó. Estaba cocinando y me lastimé, responde, conteniendo una sonrisita. A las dos semanas, cuando practican la postura un poco más complicada de “El Ciervo,” Adán se tuerce la rodilla. Te dije que usáramos cojines, insiste Rebeca. Otro vendaje, además de la cojera y el bastón que tenía arrumbado en el armario, pero sobre todo los vecinos. Don Adán, ¿qué andaba haciendo? Me tropecé saliendo de la bañera. Y tiene que aguantar los consejos sobre alfombras de hule, tubos para detenerse y sillas especiales. No es que se muera por disimular, pero no les va a contar cosas tan íntimas a los vecinos.

Para practicar “El Cangrejo Boca Arriba,” Adán y Rebeca adquieren unas rodilleras y coderas especiales, por si acaso. Esta precaución es todo un éxito y quedan muy satisfechos. Gracias a ella continúan inermes con “La Langosta” y “El Elefante,” que resultan especialmente difíciles, pero se descuidan a la hora de “El Dragón,” la cual, para más facilidad, ejecutan en la sala. Es una desgracia: Rebeca se tuerce el cuello y Adán se esguinza un tobillo. De camino al hospital, Adán le dice: en cuanto salgamos de ésta, nos seguimos con “El León en Pleno Salto” y Rebeca responde, sin volver la cabeza: qué cosas tienes.

De regreso, los vecinos les sugieren traer a una cuidadora, además de los consabidos tubos, tapetes contra los resbalones y pañales para no tener que correr al baño. Uno de ellos —el amargado del 104— llama a los hijos y les cuenta de codos, muñecas y tobillos lastimados. Los hijos, que vienen una vez por mes, corren a pelearse frente a ellos, por ver quién los cuida o a dónde los llevan. ¿Cómo fue lo del tobillo, papá?, preguntan. Y él contesta: bajando las escaleras. Pero Rebeca dice: patinó en la cocina. Su cuello torcido tiene también explicaciones contradictorias, de modo que los hijos creen, además, que sufren de lagunas de memoria. Ellos sólo quieren que se vayan para practicar “El Cisne Encantado,” les dicen que sí a todo y que regresen después. Pero los hijos hacen un cónclave en un café cercano: uno de ellos se quedará a cuidarlos hasta que consigan una enfermera profesional. Cuando se regresa, casi los descubre. Adán por poco y se mata por correr a la puerta. Es el hijo más pequeño, el más irresponsable. Le insisten en que se vaya, pero él

trae el mandato de sus hermanos. Vete por unas cervezas, le dice Adán, para que festejemos que estarás con nosotros. El hijo va por las cervezas y tarda mucho en regresar, dado su carácter. Rebeca y Adán se preguntan cómo harán ahora. Si traen una enfermera, comenta Adán, quizá nos pueda ayudar con “La Pirámide.” Eso ya está un poco pasado de color, Adán, dice Rebeca.

Deciden entonces escapar de noche al parque cercano. Nadie detendrá a una pareja de ancianos que se interne en los jardines. Ahí, a solas, practicarán las posturas faltantes. Y después regresarán a casa. Sellan la decisión con un beso tembloroso. Se llevan unas colchonetas. Cuando encuentran un sitio adecuado, realizan “La Tormenta Hindú” con gran habilidad, a pesar de algunos raspones. Pero unos policías acuden a rescatarlos, convencidos de que los han atacado. No se debe pasear de noche, abuelitos, les dicen. Tras ser avisados, los hijos deciden que ambos irán al asilo. Adán está muy deprimido. Rebeca piensa que no está mal. Si nos dan un solo cuarto, ahí podremos practicar “El Templo Azteca” y “El Cometa”, le dice, mientras ven la televisión con la nieta mayor que se ha quedado a cuidarlos. El hijo que fue por las cervezas no ha regresado.

Cuestionario

1. ¿Para ti cual es el mensaje central de esta historia?
2. ¿Si fueras Adán, qué hubieras respondido a tu vecino?
3. ¿Qué piensas de que Adán y Rebeca retomaran su vida sexual?
4. ¿Crees que es justo que los mandaran al asilo?
5. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
6. Realiza un resumen del cuento
7. El título ¿A qué está haciendo referencia?

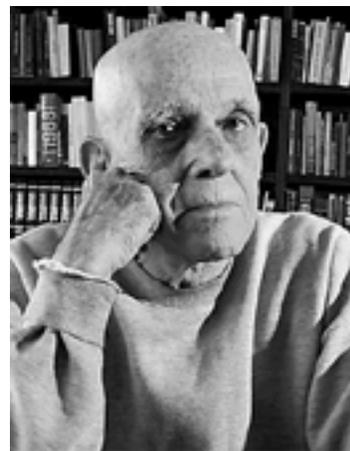
Rubem Fonseca

Nacido el 11 de mayo de 1925 en Juiz de Fora, Brasil) es un autor relativamente tardío, ya que publicó su primer libro de cuentos a los treinta y ocho años de edad. Antes había trabajado como abogado penalista, intentando salvar de desigual sistema de justicia a los miserables. Es autor de cuentos, novelas y algunos guiones cinematográficos.

Publicó “Los Prisioneros”, su primer libro en 1963. A partir de allí, su producción literaria nunca se detuvo y, con el tiempo, logró construir una extensa trayectoria con una gran cantidad de galardones obtenidos.

Entre los que se destacan el Premio Pen Club de Brasil, la distinción otorgada por la Asociación de Críticos de San Pablo, los premios Camões y el de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo.

“El collar del perro”, “El caso Morel”, “El Gran Arte”, “Vastas emociones y pensamientos imperfectos”, “Agosto”, “Romance negro y otras historias”, “El hueco en la pared” y “Mandrake, la Biblia y el bastón”, entre otros, son algunas de las obras más famosas de este respetado exponente literario de la lengua portuguesa que se mantiene alejado de los medios de comunicación y se rehúsa a brindar entrevistas por considerar que se debe leer la literatura prescindiendo totalmente del escritor.



Betsy

Rubem Fonseca

Betsy esperó el regreso del hombre para morir.

Antes del viaje, él había notado que Betsy mostraba un apetito extraño. Después aparecieron otros síntomas, excesiva ingestión de agua, incontinencia urinaria. El único problema de Betsy era la catarata en uno de sus ojos. A ella no le gustaba salir, pero antes del viaje había entrado inesperadamente con él en el elevador y pasearon por la orilla de la playa, algo que ella nunca había hecho.

El día que el hombre llegó, Betsy tuvo el desvanecimiento y permaneció sin comer, acostada en la cama con el hombre. Los especialistas que consultaron dijeron que no había nada que hacer. Betsy sólo salía de la cama para beber agua.

El hombre permaneció con Betsy en la cama durante toda su agonía, acariciando su cuerpo, sintiendo con tristeza la flacura de sus piernas. El último día, Betsy, muy quieta, los ojos azules abiertos, clavó la mirada en el hombre con la misma mirada de siempre, que indicaba el alivio y el placer producidos por su presencia y sus caricias. Comenzó a temblar y él la abrazó con más fuerza. Al sentir sus miembros fríos, el hombre acomodó a Betsy en una posición más cómoda en la cama.

Entonces ella extendió el cuerpo, como si se despezara, y volvió la cabeza hacia atrás, en un gesto lleno de languidez. Después estiró el cuerpo aun más y suspiró, una exhalación fuerte. El hombre pensó que Betsy había muerto. Pero algunos segundos después emitió otro suspiro. Horrorizado por su meticulosa atención el hombre contó, uno a uno, todos los suspiros de Betsy. Con el intervalo de algunos segundos exhaló nueve suspiros iguales, con la lengua de fuera, colgando de lado en la boca. Luego empezó a golpearse la barriga con los pies juntos, como lo hacía ocasionalmente, sólo que con más violencia. En seguida quedó inmóvil. El hombre pasó la mano con suavidad por el cuerpo de Betsy. Ella aflojó y estiró los miembros por última vez. Estaba muerta. Ahora, el hombre lo sabía, estaba muerta.

El hombre pasó la noche entera despierto al lado de Betsy, acariciándola con cuidado, en silencio, sin saber qué decir. Habían vivido juntos dieciocho años.

Por la mañana, la dejó en la cama y fue a la cocina y preparó un café. Fue a tomar el café a la sala. La casa nunca había estado tan vacía y triste.

Por fortuna el hombre no había tirado la caja de cartón de la licuadora. Volvió al cuarto. Cuidadosamente, colocó el cuerpo de Betsy dentro de la caja. Con la caja bajo el brazo caminó hacia la puerta. Antes de abrirla y salir, secó los ojos. No quería que lo vieran así.

Cuestionario

1. ¿Para ti cuál es el mensaje central de esta historia?
2. Antes de terminar el cuento, ¿Cómo te imaginabas a Betsy?
3. Transcribe el cuento en primera persona
4. ¿Qué sentimientos provocó el cuento en ti?
5. ¿Qué otro final le darías a este cuento?
6. Realiza un resumen
7. ¿Por qué crees que el hombre conservó unas horas el cuerpo de Betsy?

Paseo Nocturno

Rubem Fonseca

Llegué a casa con el portafolios lleno de papeles, informes, estudios, investigaciones, propuestas, contratos. Mi mujer, jugando solitario en la cama, un vaso de whiskey en la mesita de noche, dijo, sin quitar los ojos de las cartas, tienes un aire cansado. Los sonidos de la casa: mi hija es su cuarto ensayando modulación de voz, la música cuadrifónica del cuarto de mi hijo. ¿No vas a dejar esa maleta?, preguntó mi mujer, quítate esa ropa, bébete un Whisquito, necesitas aprender a relajarte.

Fui a la biblioteca, el lugar de la casa donde me gustaba quedar aislado y como siempre no hice nada. Abrí el volumen de investigaciones sobre el escritorio, no vi las letras ni los números, sólo esperaba. No paras de trabajar, apuesto que tus socios no trabajan ni la mitad y ganan lo mismo, entró mi mujer con el vaso en la mano ¿ya puedo mandar que sirvan la cena?

La camarera servía a la francesa, mis hijos habían crecido, mi mujer y yo estábamos gordos. Es aquél vino que te gusta, chasqueó la lengua con placer. Mi hijo me pidió dinero a la hora del café, mi hija me pidió dinero a la hora de los licores. Mi mujer no me pidió nada, teníamos cuenta bancaria conjunta.

¿Vamos a dar una vuelta en el carro?, invité. Sabía que no iría, era hora de la novela. No sé qué gracia le encuentras a pasear en carro todas las noches, también aquel carro costó una fortuna, tiene que ser usado, es que yo cada vez me apego menos a los bienes materiales, mi mujer respondió.

Los carros de los niños bloqueaban la puerta del garaje, impidiendo que sacara el mío. Saqué los carros de los dos, los puse en la calle, metí nuevamente los dos carros al garaje, cerré la puerta, todas esas maniobras me pusieron ligeramente irritado, pero al ver las defensas salientes de mi carro, el refuerzo especial doble de acero cromado, sentí el corazón latir acelerado de euforia. Metí la llave en el arranque, era un motor poderoso que generaba su fuerza en silencio, escondido en el capó aerodinámico. Salí como siempre, sin saber a dónde ir, tenía más gente que moscas. En la avenida Brasil, allí no podía ser, había mucho movimiento. Llegué a una calle mal iluminada, llena de árboles oscuros, el lugar ideal. ¿Hombre o mujer? Realmente no había gran diferencia pero no aparecía nadie en condiciones, empecé a ponerme tenso, eso siempre ocurría, hasta me gustaba, el alivio era mayor. Entonces vi a la mujer, podía ser ella, aunque una mujer fuera menos emocionante, por ser más fácil. Caminaba rápido, cargando un envoltorio de papel ordinario, cosas de panadería o de verdulería, iba con falda y blusa, tenía prisa, había árboles en la banqueta, cada veinte metros, un interesante problema que exige una gran dosis de pericia. Apagué las luces del carro y aceleré. Sólo percibió que me le echaba encima cuando oyó el sonido de la goma de los neumáticos golpeando en el bordillo. Golpeé a la mujer arriba de las rodillas, exactamente en medio de las dos piernas, un poco más sobre la izquierda, un golpe perfecto, oí el ruido del impacto partiendo los dos huesazos, di un giro rápido hacia la izquierda, pasé como un cohete rozando uno de los árboles y me deslicé con los neumáticos cantando de vuelta hacia el asfalto. Motor bueno, el mío, iba de cero a cien kilómetros en nueve segundos. To-

davía alcancé a ver que el cuerpo todo descoyuntado de la mujer había ido a parar, lleno de sangre, encima de un muro, de esos bajitos de casa de suburbio.

Examiné el carro en el garaje. Corrí orgullosamente la mano con suavidad por las salpicaderas, las defensas sin marcas. Pocas personas en el mundo entero igualaban mi habilidad en el uso de estas máquinas.

La familia estaba viendo la televisión. Distes tu vueltecita, ¿ahora estás más tranquilo?, pregunto mi mujer, acostada en el sofá, mirando fijamente la pantalla. Voy a dormir, buenas noches a todos, respondí, mañana voy a tener un día terrible en la oficina.

PARTE II

Iba para mi casa un carro se acercó al mío, tocando la bocina insistentemente. Una mujer conducía, baje el vidrio del carro para entender lo que decía. Una bocanada de aire caliente entró con el sonido de su voz: ¿Qué ya no conoces a nadie?

Nunca había visto a aquella mujer. Sonreí cortésmente. Los carros de atrás tocaron el claxon. La avenida Atlántica a las siete de la noche está muy movida.

La mujer, moviéndose en el asiento del carro, colocó el brazo derecho fuera y dijo, mira, un regalito para ti.

Estiré el brazo, y puso un papel en mi mano. Después arrancó, dando una carcajada.

Guardé el papel en el bolsillo. Al llegar a casa fui a ver lo que tenía escrito. Ángela, 287 – 3594.

Por la noche salí, como siempre hago.

Al día siguiente telefoneé. Una mujer contestó. Pregunté si estaba Ángela. No estaba. Había ido a su clase. Por su voz, se veía que debía ser la criada. Pregunté si Ángela era estudiante. Es artista, contestó la mujer.

Llamé más tarde. Ángela contestó.

Soy el tipo aquel del Jaguar negro, dije.

¿Sabes que no logre identificar tu carro?

Te recojo a las nueve para que cenemos, dije.

Espera, calma. ¿Qué fue lo que pensaste de mí?

Nada.

¿Yo te ligo en la calle y no pensaste nada?

No, ¿Cuál es tu dirección?

Vivía en la Lagoa, en la curva de Cantagalo. Un buen lugar.

Pregunté dónde quería cenar. Ángela respondió que en cualquier restaurante, siempre que fuera fino. Estaba muy diferente. Usaba un maquillaje pesado, que volvía su rostro diferente. Usaba un maquillaje pesado, que volvía su rostro más experto, menos humano.

Cuando telefoneé la primera vez me dijeron que habías ido a clase. ¿Clase de qué?, dije.

Modulación de voz.

Tengo una hija que también estudia modulación de voz.

Eres actriz, ¿verdad?

Sí. De cine.

Me gusta mucho el cine ¿Qué películas has hecho?

Sólo hice una, que ahora está en fase de montaje. El título es medio bobo, Las

vírgenes chifladas, no es una película muy buena, pero estoy empezando, puedo esperar, sólo tengo veinte años.

En la semi-oscuridad del carro parecía tener veinticinco.

Paré el carro en la Bartolomé Mitre y fuimos caminando en dirección al restaurante Mario, en la calle Ataulfo de Paiva.

Se pone muy lleno frente al restaurante, dije.

El portero guarda el carro, ¿no sabías?, dijo.

Lo sé muy bien. Una vez me lo abolló.

Cuando entramos, Ángela lanzó una mirada desdeñosa sobre las personas que estaban en el restaurante. Yo nunca había ido a aquel lugar. Intenté ver a algún conocido. Era temprano y había pocas personas. En una mesa un hombre de mediana edad con un muchacho y una chica. Sólo otras tres mesas estaban ocupadas, con parejas entretenidas en sus conversaciones. Nadie me conocía.

Ángela pidió un Martini.

¿Tú no bebes?, Ángela preguntó.

A veces.

Ahora dime, hablando en serio, ¿de veras no pensaste nada cuando te pasé el papelito?

No. Pero si quieres, pienso ahora, dije.

Sí, Ángela dijo.

Existen dos hipótesis. La primera es que me viste en el carro y te interesaste por mi perfil. Eres una mujer agresiva, impulsiva y decidiste conocerme. Una cosa instintiva. Arrancaste un pedazo de papel de un cuaderno y escribiste rápidamente el nombre y el teléfono. Por cierto, casi no puede descifrar el nombre que escribiste.

¿Y la segunda hipótesis?

Que eres una puta y sales con una bolsa llena de pedazos de papel escritos con tu nombre y tu teléfono. Cada vez que encuentras un tipo en un carro grande, con cara de rico e idiota, le das el número. Por cada veinte papelitos distribuidos, unos diez te telefonean.

¿Y cuál es la hipótesis que escoges?, Ángela dijo.

La segunda. Que eres puta, dije.

Ángela siguió bebiendo su martini como si no hubiera oído lo que dije. Bebí mi agua mineral. Me miró, queriendo demostrar su superioridad, levantando la ceja —era mala actriz, se veía que estaba perturbada— y dijo: tú mismo reconociste que era un papelito escrito de prisa dentro del carro, casi ilegible.

Una puta inteligente prepararía todos los papelitos en casa, de la misma manera, antes de salir, para engañar a los clientes, dije.

¿Y si te jurara que la primera hipótesis es la verdad? ¿Lo creerías?

No. O mejor, no me interesa, dije.

¿Cómo que no te interesa?

Estaba intrigada y no sabía qué hacer. Quería que yo dijera algo que la ayudara a tomar una decisión.

Simplemente no interesa. Vamos a cenar, dije.

Con un gesto llamé al maitre. Escogimos la comida.

Ángela se tomó dos martinis más.

Nunca fui tan humillada en mi vida. La voz de Ángela sonaba ligeramente pastosa. Si yo fuera tú no bebería más, para poder quedar en condiciones de huir de mí,

cuando sea necesario, dije.
Yo no quiero huir de ti, dijo Ángela vaciando de un trago lo que quedaba en el vaso.
Quiero otro.
Aquella situación, ella y yo dentro del restaurante, me aburría. Después iba a ser bueno. Pero platicar con Ángela no significaba nada para mí, en ese momento interlocutorio.
¿Y qué haces tú?
Controlo la distribución de tóxicos en la zona sur, dije.
¿Es verdad?
¿No viste mi carro?
Puedes ser industrial.
Escoge tu hipótesis. Yo escogí la mía, dije.
Industrial.
Fallaste. Traficante. Y no me está gustando este foco de luz sobre mi cabeza. Me recuerda las veces que estuve preso.
No creo ni una sola palabra de lo que dices.
Ahora yo hice una pausa.
Tienes razón. Todo es mentira. Mira bien mi rostro. Ve si consigues descubrir alguna cosa, dije.
Ángela me tocó levemente la mandíbula, levantando mi rostro hacia el rayo de luz que bajaba del techo y me miró intensamente.
No veo nada. Tu rostro parece el retrato de alguien haciendo una pose, un retrato antiguo, de un desconocido, dijo Ángela.
Ella también parecía el retrato antiguo de un desconocido.
Miré el reloj.
¿Nos vamos?, dije.
Entramos al carro.
A veces pesamos que una cosa va a salir bien y sale mal, dijo Ángela.
La luna ponía en la laguna una estela plateada que acompañaba el carro. Cuando era niño y viajaba de noche la luna siempre me acompañaba, traspasando las nubes, por más que el carro corriera.
Voy a dejarte un poco antes de tu casa, dije.
¿Por qué?
Soy casado. El hermano de mi mujer vive en tu edificio.
¿No es aquél que queda en la curva? No me gustaría que él me viera. Conoce mi carro. No hay otro igual en Río.
¿No vamos a vernos más?, Ángela preguntó.
Me parece difícil.
Todos los hombres se apasionan por mí.
Lo creo.
Y tú no eres la gran cosa. Tu carro es mejor que tú, dijo Ángela.
Uno completa al otro, dije.
Bajó. Fue andando por la acera lentamente, demasiado fácil, y encima mujer, pero yo tenía que ir en seguida para casa, ya se estaba haciendo tarde.
Apague las luces y aceleré el carro. Tenía que golpearla y pasar por encima. No podía correr el riesgo de dejarla viva. Ella sabía mucho respecto a mí, era la única persona que había visto mi rostro, entre todas las otras. Y conocía también mi carro.

Pero, ¿cuál era el problema? Nadie había escapado.

Golpeé a Ángela con el lado izquierdo de la salpicadera, arrojando su cuerpo un poco adelante, y pasé, primero con la rueda delantera –y sentí el sordo sonido de la frágil estructura del cuerpo despedazándose– y Luego atropellé con la rueda trasera, un golpe de misericordia, porque ya estaba liquidada, sólo que tal vez aun sintiera un distante resto de dolor y perplejidad.

Cuando llegué a casa mi mujer estaba viendo la televisión, una película en colores, doblada.

Hoy tardaste más. ¿Estabas muy nervioso?, dijo.

Estaba. Pero ya pasó. Ahora voy a dormir. Mañana voy a tener un día terrible en la oficina.

Cuestionario

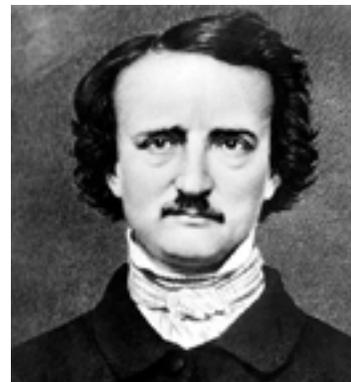
1. Describe cómo te imaginas al personaje principal de la historia
2. ¿Cuál crees que sea la profesión del personaje principal?
3. Describe a los integrantes de la familia del personaje principal de la historia
4. ¿Qué piensas sobre las actividades nocturnas del personaje principal?
5. ¿Por qué crees que este personaje disfruta lastimando a los demás?
6. Escribe otro final para este cuento
7. Realiza un resumen de este texto
8. ¿Crees que Ángela insinuaba algo más o solo estaba interesada?

Edgar Allan Poe

59

Nació en Boston en 1809 y murió en Baltimore en 1849. Poeta, narrador y crítico estadounidense, considerado como uno de los mejores cuentistas de todos los tiempos. Inicó sus escritos con teoría literario, pero estos trabajos se vieron opacados por sus obras posteriores, aunque Poe sostenía que la expresión máxima de la literatura era la poesía, y se empeñaba más en ella que en cualquier otro género, sus verdaderas obras maestras fueron sus cuentos cortos, que incursionaron en el terror de manera espectacular, llevándolo a ser considerado uno de los máximos representantes de la literatura terrorífica, así como máximo exponente americano del romanticismo oscuro.

La mayoría de sus cuentos se desarrolla en un ambiente gótico y siniestro, plagado de intervenciones sobrenaturales, y en muchos casos son obras maestras de la literatura de terror. Poe basó su estilo tanto en la atmósfera opresiva que creaba durante el inicio y desarrollo del relato como en los efectos sorprendidos del final.



El Cuervo

Edgar Allan Poe

En una noche pavorosa, inquieto
releía un vetusto mamotreto
cuando creí escuchar
un extraño ruido, de repente
como si alguien tocase suavemente
a mi puerta: «Visita impertinente
es, dije y nada más».

¡Ah! me acuerdo muy bien; era en invierno
e impaciente medía el tiempo eterno
cansado de buscar
en los libros la calma bienhechora
al dolor de mi muerta Leonora
que habita con los ángeles ahora
¡para siempre jamás!

Sentí el sedeo y crujidor y elástico
rozar de las cortinas, un fantástico
terror, como jamás
sentido había y quise aquel ruido
explicando, mi espíritu oprimido
calmar por fin: «Un viajero perdido
es, dije y nada más ».

Ya sintiendo más calma: «Caballero
exclamé, o dama, suplicaros quiero
os sirváis excusar
mas mi atención no estaba bien despierta
y fue vuestra llamada tan incierta...»
Abrí entonces de par en par la puerta:
tinieblas nada más.

Miro al espacio, exploro la tiniebla
y siento entonces que mi mente puebla
turba de ideas cual
ningún otro mortal las tuvo antes
y escucho con oídos anhelantes
«Leonora » unas voces susurrantes
murmurar nada más.

Vuelvo a mi estancia con pavor secreto

y a escuchar torno pálido e inquieto
más fuerte golpear;
«algo, me digo, toca en mi ventana,
comprender quiero la señal arcana
y calmar esta angustia sobrehumana»:
¡el viento y nada más!

Y la ventana abrí: revolcando
vi entonces un cuervo venerando
como ave de otra edad;
sin mayor ceremonia entró en mis salas
con gesto señorial y negras alas
y sobre un busto, en el dintel, de Palas
posóse y nada más.

Miro al pájaro negro, sonriente
ante su grave y serio continente
y le comienzo a hablar,
no sin un dejo de intención irónica:
«Oh cuervo, oh venerable ave anacrónica,
¿cuál es tu nombre en la región plutónica? »
Dijo el cuervo: «Jamás ».

En este caso al par grotesco y raro
maravilléme al escuchar tan claro
tal nombre pronunciar
y debo confesar que sentí susto
pues ante nadie, creo, tuvo el gusto
de un cuervo ver, posado sobre un busto
con tal nombre: «Jamás ».

Cual si hubiese vertido en ese acento
el alma, calló el ave y ni un momento
las plumas movió ya,
«otros de mí han huido y se me alcanza
que él partirá mañana sin tardanza
como me ha abandonado la esperanza »;
dijo el cuervo: «¡Jamás! »

Una respuesta al escuchar tan neta
me dije, no sin inquietud secreta,
«Es esto nada más.
Cuanto aprendió de un amo infortunado,
a quien tenaz ha perseguido el hado
y por solo estribillo ha conservado
¡ese jamás, jamás! »

Rodé mi asiento hasta quedar enfrente
de la puerta, del busto y del vidente
cuervo y entonces ya
reclinado en la blanda sedería
en ensueños fantásticos me hundía,
pensando siempre que decir querría
aquel jamás, jamás.

Largo tiempo quédeme así en reposo
aquel extraño pájaro ominoso
mirando sin cesar,
ocupaba el diván de terciopelo
do juntos nos sentamos y en mi duelo
pensaba que Ella, nunca en este suelo
lo ocuparía más.

Entonces parecióme el aire denso
con el aroma de quemado incienso
de un invisible altar;
y escucho voces repetir fervientes:
«Olvida a Leonor, bebe el nepenthes
bebe el olvido en sus letales fuentes »;
dijo el cuervo: «¡Jamás! »

«Profeta, dije, augur de otras edades
que arrojaron las negras tempestades
aquí para mi mal,
huésped de esta morada de tristura,
dí, fosco engendro de la noche oscura,
si un bálsamo habrá al fin a mi amargura »:
dijo el cuervo: «¡Jamás! »

«Profeta, dije, o diablo, infausto cuervo
por Dios, por mí, por mi dolor acerbo,
por tu poder fatal
dime si alguna vez a Leonora
volveré a ver en la eternal aurora
donde feliz con los querubes mora »;
dijo el cuervo: «¡Jamás! »

«Sea tal palabra la postrera
retorna a la plutónica rivera,»
grité: «¡No vuelvas más,
no dejes ni una huella, ni una pluma
y mi espíritu envuelto en densa bruma
libra por fin el peso que le abruma! »
dijo el cuervo: «¡Jamás! »

Y el cuervo inmóvil, fúnebre y adusto
sigue siempre de Pallas sobre el busto
y bajo mi fanal,
proyecta mancha lúgubre en la alfombra
y su mirada de demonio asombra...
¡Ay! ¿Mi alma enlutada de su sombra
se librerá? ¡Jamás!

Traducción de Carlos Arturo Torres

Cuestionario.

1. ¿Qué palabras de las que leíste te parecen extrañas?
2. Busca sinónimos de las palabras que escribiste en la pregunta uno
Y transcribe tres párrafos del cuento con los sinónimos encontrados.
3. ¿Entendiste todas las oraciones en el cuento? ¿cuáles no?
4. ¿Cuál es el mensaje del cuento?
5. ¿Crees que el cuento tendría el mismo sentido si en vez de un cuervo hubiera
sido otro animal?
6. Realiza un resumen
7. Pallas, en la mitología griega es la diosa de la sabiduría, sabiendo esto ¿qué
significado le das a que el cuervo se posase en su busto?
8. ¿Qué te pareció esta historia? ¿la encuentras interesante? ¿Qué agregarías o
cambiarías?
9. De acuerdo a la biografía, el autor fue uno de los máximos exponentes de
terror, ¿consideras este cuento como terror? Argumenta tu respuesta.

El Retrato Oval

Edgar Allan Poe

El castillo en el cual mi criado se le había ocurrido penetrar a la fuerza en vez de permitirme, malhadadamente herido como estaba, de pasar una noche al ras, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y de melancolía que durante tanto tiempo levantaron sus altivas frentes en medio de los Apeninos, tanto en la realidad como en la imaginación de Mistress Radcliffe.

Según toda apariencia, el castillo había sido recientemente abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba situada en una torre aislada del resto del edificio. Su decorado era rico, pero antiguo y sumamente deteriorado. Los muros estaban cubiertos de tapicerías y adornados con numerosos trofeos heráldicos de toda clase, y de ellos pendían un número verdaderamente prodigioso de pinturas modernas, ricas de estilo, encerradas en sendos marcos dorados, de gusto arabesco.

Me produjeron profundo interés, y quizá mi incipiente delirio fue la causa, aquellos cuadros colgados no solamente en las paredes principales, sino también en una porción de rincones que la arquitectura caprichosa del castillo hacia inevitable; hice a Pedro cerrar los pesados postigos del salón, pues ya era hora avanzada, encender un gran candelabro de muchos brazos colocado al lado de mi cabecera, y abrir completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de festones, que rodeaban el lecho. Quíselo así para poder, al menos, si no reconciliaba el sueño, distraerme alternativamente entre la contemplación de estas pinturas y la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada y que trataba de su crítica y su análisis.

Leí largo tiempo; contemplé las pinturas religiosas devotamente; las horas huyeron, rápidas y silenciosas, y llegó la media noche. La posición del candelabro me molestaba, y extendiendo la mano con dificultad para no turbar el sueño de mi criado, lo coloqué de modo que arrojase la luz de lleno sobre el libro. Pero este movimiento produjo un efecto completamente inesperado. La luz de sus numerosas bujías dio de pleno en un nicho del salón que una de las columnas del lecho había hasta entonces cubierto con una sombra profunda. Vi envuelto en viva luz un cuadro que hasta entonces no advirtiera. Era el retrato de una joven ya formada, casi mujer. Lo contemplé rápidamente y cerré los ojos. ¿Por qué? no me lo expliqué al principio; pero, en tanto que mis ojos permanecieron cerrados, analicé rápidamente el motivo que me los hacía cerrar. Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y recapacitar, para asegurarme de que mi vista no me había engañado, para calmar y preparar mi espíritu a una contemplación más fría y más serena. Al cabo de algunos momentos, miré de nuevo el lienzo fijamente.

No era posible dudar, aun cuando lo hubiese querido; porque el primer rayo de luz al caer sobre el lienzo, había desvanecido el estupor delirante de que mis sentidos se hallaban poseídos, haciéndome volver repentinamente a la realidad de la vida. El cuadro representaba, como ya he dicho, a una joven. se trataba sencillamen-

te de un retrato de medio cuerpo, todo en este estilo, que se llama, en lenguaje técnico, estilo de viñeta; había en él mucho de la manera de pintar de Sully en sus cabezas favoritas. Los brazos, el seno y las puntas de sus radiantes cabellos, pendíanse en la sombra vaga, pero profunda, que servía de fondo a la imagen. El marco era oval, magníficamente dorado, y de un bello estilo morisco. Tal vez no fuese ni la ejecución de la obra, ni la excepcional belleza de su fisonomía lo que me impresionó tan repentina y profundamente. No podía creer que mi imaginación, al salir de su delirio, hubiese tomado la cabeza por la de una persona viva.

Empero, los detalles del dibujo, el estilo de viñeta y el aspecto del marco, no me permitieron dudar ni un solo instante. Abismado en estas reflexiones, permanecí una hora entera con los ojos fijos en el retrato. Aquella inexplicable expresión de realidad y vida que al principio me hiciera estremecer, acabó por subyugarme. Lleno de terror respeto, volví el candelabro a su primera posición, y habiendo así apartado de mi vista la causa de mi profunda agitación, me apoderé ansiosamente del volumen que contenía la historia y descripción de los cuadros.

Busqué inmediatamente el número correspondiente al que marcaba el retrato oval, y leí la extraña y singular historia siguiente:

“Era una joven de peregrina belleza, tan graciosa como amable, que en mal hora amó al pintor y, se desposó con él.”

“Él tenía un carácter apasionado, estudioso y austero, y había puesto en el arte sus amores; ella, joven, de rarísima belleza, todo luz y sonrisas, con la alegría de un cervatillo, amándolo todo, no odiando más que el arte, que era su rival, no temiendo más que la paleta, los pinceles y demás instrumentos importunos que le arrebatában el amor de su adorado. Terrible impresión causó a la dama oír al pintor hablar del deseo de retratarla. Mas era humilde y sumisa, y sentóse pacientemente, durante largas semanas, en la sombría y alta habitación de la torre, donde la luz se filtraba sobre el pálido lienzo solamente por el cielo raso.

“El artista cifraba su gloria en su obra, que avanzaba de hora en hora, de día en día.”

“Y era un hombre vehemente, extraño, pensativo y que se perdía en mil ensueños; tanto que no veía que la luz que penetraba tan lúgubrementemente en esta torre aislada secaba la salud y los encantos de su mujer, que se consumía para todos excepto para él.”

“Ella, no obstante, sonreía más y más, porque veía que el pintor, que disfrutaba de gran fama, experimentaba un vivo y ardiente placer en su tarea, y trabajaba noche y día para trasladar al lienzo la imagen de la que tanto amaba, la cual de día en día tornábase más débil y desanimada. Y, en verdad, los que contemplaban el retrato, comentaban en voz baja su semejanza maravillosa, prueba palpable del genio del pintor, y del profundo amor que su modelo le inspiraba. Pero, al fin, cuando el trabajo tocaba a su término, no se permitió a nadie entrar en la torre; Porque el pintor había llegado a enloquecer por el ardor con que tomaba su trabajo, y levantaba los ojos rara vez del lienzo, ni aun para mirar el rostro de su esposa. Y no podía ver que los colores que extendía sobre el lienzo borrábase de las mejillas de la que tenía sentada a su lado. Y cuando muchas semanas hubieron transcurrido, y no restaba por hacer más que una cosa muy pequeña, sólo dar un toque sobre la boca y otro sobre los ojos, el alma de la dama palpité aún, como la llama de una lámpara que está próxima a extinguirse. y entonces el pintor dio los

toques, y durante un instante quedó en éxtasis ante el trabajo que había ejecutado; pero un minuto después, estremeciéndose, palideció intensamente herido por el terror, y gritando con voz terrible: “—¡En verdad esta es la vida misma!”— Se volvió bruscamente para mirar a su bien amada... ¡Estaba muerta!”

Cuestionario.

1. ¿Qué palabras no entendiste del cuento?
2. Busca sinónimos de las palabras que escribiste en la pregunta uno
Y transcribe tres párrafos del cuento con los sinónimos encontrados.
3. ¿Cuál es el mensaje principal del cuento?
4. ¿Cuál era la principal característica del cuadro?
5. ¿Por qué el pintor se obsesiona con pintar a su esposa?
6. Realiza un resumen del cuento
7. ¿Por qué crees que murió la esposa del pintor?
8. ¿Por qué crees que el protagonista estaba herido?



UAEH[®]
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

[👉 Ir a índice](#)